

un amor
PARA TODA LA VIDA

Cassandra Hart

Contenido

[Recuerdos y despedidas](#)
[Día de Acción de Gracias en el Rancho](#)
[La Entrevista con la Niñera](#)
[La Llegada de la Señora Gertrudis](#)
[El Primer Incidente](#)
[El Segundo Incidente: La Soga en el Pozo](#)
[El Tercer Incidente: La Cueva Secreta](#)
[Renuncia de la Señora Gertrudis](#)
[El principio del fin](#)
[Misterios del Mar Caribe](#)
[Aclaración y mucha vergüenza](#)
[Herida](#)
[Tormenta Interna en Egan](#)
[Regreso a Casa](#)
[La ciudad](#)
[La infancia de Anne](#)
[La Acogedora Morada de Egan](#)
[Casa familiar](#)

Recuerdos y despedidas

Cormack y Lizzie, envueltos por el aura cálida del amanecer, descansaban en la terraza de su histórica casa familiar, la cual se erigía como un monumento a las generaciones pasadas, en medio del vasto rancho que se extendía hasta el horizonte. La frescura del aire matutino traía consigo ecos del pasado, llenos de risas y lágrimas, de victorias y desafíos, y de innumerables momentos que habían compartido juntos.

Mientras el sol comenzaba a elevarse en el cielo, tiñendo el mundo con tonos dorados y anaranjados, Lizzie sostenía con delicadeza su taza de té, dejando que el calor del líquido calentara sus manos. Los primeros rayos del sol reflejaban destellos en su mirada, una mirada que había sido testigo de innumerables amaneceres y que, aún así, nunca dejaba de maravillarse ante la belleza de la vida.

Cormack, entretanto, disfrutaba de su café, percibiendo el aroma profundo y amargo que se mezclaba con el dulce olor de la tierra después de la lluvia nocturna. Rompiendo el silencio, preguntó con un tono juguetón: —Lizzie, ¿te acuerdas de la primera vez que nuestros caminos se entrelazaron?

Con una sonrisa, ella contestó: —¿El baile de primavera? ¿Cómo olvidar aquel joven atrevido que, con su torpeza, logró hacerme reír toda la noche? Tuve suerte de que no destrozaras por completo mi vestido.

Él rió con genuina alegría al recordar aquel torpe intento de baile. —A pesar de mi falta de destreza, algo en esa noche me decía que nuestras vidas estaban destinadas a entrelazarse.

Después de aquel inolvidable encuentro, su amor floreció con rapidez. La audacia de Cormack y su pasión por el rancho se complementaban a la perfección con la dulzura, inteligencia y sensibilidad de Lizzie.

Ambos recordaron los primeros años después de casarse, cuando cada amanecer traía consigo nuevos desafíos. —Recuerdo cuando construimos esta casa con nuestras propias manos, cada ladrillo y viga tiene una historia que contar —reflexionó Cormack.

Lizzie sonrió pensativa: —Y con el nacimiento de Egan, nuestra familia comenzó a tejerse con hilos de oro. Y luego, la llegada de Troy, nuestro rayo de sol, añadió aún más color y alegría a nuestro tapiz familiar.

El tiempo en el rancho no había sido siempre amable, pero juntos, como una fortaleza, enfrentaron cada tempestad y sequía. Las risas de sus hijos y nietos, Charlie y Thomas, resonaban como ecos en la vastedad del rancho, recordándoles la bendición de la familia.

Con una risa cargada de nostalgia, Cormack comentó: —Nunca imaginé que nuestro tranquilo Troy tendría gemelos tan enérgicos y traviesos.

Lizzie, mirando hacia el rancho, añadió: —Son el reflejo viviente de tu espíritu inquebrantable, Cormack.

Perdiéndose en sus recuerdos, hablaron de las innumerables aventuras y desafíos que habían enfrentado, y se dieron cuenta de que, en cada paso del camino, su amor había sido la fuerza impulsora detrás de todo. Aunque el pasado estaba lleno de preciosos momentos, ambos sabían que el futuro aún les reservaba muchas más aventuras.

Cormack, contemplando la extensión de su rancho, comenzó a reflexionar sobre la fugacidad del tiempo. Luego, con una sonrisa melancólica pero llena de afecto, miró a Lizzie y comentó: —Sabes, querida, pronto será nuestro 42° aniversario.

Lizzie, captando la profundidad del comentario, respondió: —Oh, ¿te das cuenta de lo rápido que pasa el tiempo? 42 años... y siento como si hubiese sido ayer cuando me pediste que bailara contigo.

—Siempre he tenido el deseo de hacer algo especial para celebrarlo —dijo Cormack, con un brillo esperanzado en sus ojos—. He pensado en ese crucero del que tanto hablabas, ¿qué opinas?

Lizzie, sorprendida pero emocionada, replicó: —Esa es una idea maravillosa. Pero, ¿qué pasará con el rancho mientras estemos fuera? Es una gran responsabilidad y no quiero dejarlo abandonado.

—He pensado en eso —Cormack comenzó, acariciando su barba pensativo—. Creo que es hora de involucrar más a Egan en la administración del rancho, al menos mientras estemos fuera. Troy se encarga bien del manejo pero lo administrativo no es lo suyo.

Lizzie asintió, considerando la propuesta. —Sí, pero sabes cómo es Egan con su vida en la ciudad, siempre ocupado con sus negocios y compromisos. No estoy segura de si podría hacerse cargo de todo esto.

Cormack sacó su teléfono del bolsillo y marcó rápidamente. Tras unos tonos, la voz familiar de Egan sonó al otro lado de la línea. —¡Hola, papá! ¿Cómo están?

—Bien, hijo. Estaba pensando... tu madre y yo queremos irnos de crucero por nuestro aniversario. ¿Podrías venir al rancho y ayudar un poco mientras estamos fuera?

Se escuchó una pausa y luego Egan respondió: —Es una gran responsabilidad, papá, pero haré lo que pueda. Además, creo que es hora de que pase más tiempo allá.

—Eso me alegra escucharlo, hijo. Además, tienes a Troy aquí al lado. Ambos pueden trabajar juntos y asegurarse de que todo funcione bien.

Después de terminar la llamada, Cormack miró a Lizzie, quien sonreía con alivio. —Supongo que todo se solucionará, querido.

—Sí, y estoy emocionado de tener este tiempo a solas contigo, lejos de todo —Cormack contestó, tomando la mano de Lizzie—. Después de todos estos años, sigo queriendo descubrir nuevos horizontes contigo.

Lizzie apretó su mano en respuesta. —Y yo contigo, Cormack. Siempre juntos, en cada

nueva aventura.

Troy, quien estaba en su casa con Sue, atendió al escuchar el familiar tono de llamada de su padre. La voz enérgica de Cormack sonó al otro lado de la línea: —¡Troy! ¿Cómo estás, hijo?

—Hola, papá. Estamos bien. ¿Qué sucede? —respondió Troy, intuyendo que la llamada tenía un propósito específico.

Cormack respiró hondo antes de comenzar: —Como sabes, pronto es nuestro 42° aniversario. He estado pensando en sorprender a tu madre con un crucero. Es algo que siempre ha querido, y creo que es el momento perfecto.

Troy, sorprendido, exclamó: —¡Eso suena genial, papá! Sin embargo... ¿quién se hará cargo de la parte administrativa mientras estén fuera?

—Bueno, esa es precisamente la razón de mi llamada. He hablado con Egan, y está dispuesto a venir y ayudar.

Troy sonrió. —Buena idea, papá. Entre Egan y yo, nos aseguraremos de que todo vaya bien. Además, los gemelos pueden ayudar un poco, aunque a veces sean más un desafío que una ayuda —añadió con una risa.

Cormack rió al imaginarse a los inquietos gemelos corriendo por el rancho. —Sí, lo imagino. Pero también es una oportunidad para que aprendan más sobre el trabajo y la responsabilidad que implica mantener este lugar.

—Así es, papá. Y Sue también estará aquí para apoyar en lo que se necesite —afirmó Troy, sabiendo cuánto significaba para sus padres poder tomarse ese tiempo juntos.

—Estoy muy agradecido, hijo. Siempre has estado ahí cuando te he necesitado —dijo Cormack con un tono emocionado.

—Siempre lo estaré, papá. Disfruten su viaje y no se preocupen por nada aquí. El rancho estará en buenas manos.

Finalizada la llamada, Troy compartió las noticias con Sue, quien, entusiasmada, comenzó a pensar en actividades y tareas que los gemelos podrían hacer para ayudar y, al mismo tiempo, mantenerse ocupados.

Mientras tanto, Cormack volvía con Lizzie, satisfecho y agradecido por tener a dos hijos tan comprometidos y dispuestos a cuidar el legado familiar.

Con la decisión tomada y los preparativos del rancho en marcha, era hora de planificar los detalles del ansiado viaje. Elegir un crucero por el Caribe no había sido casualidad; las cálidas playas, el azul intenso del mar y el ritmo vibrante de la cultura caribeña eran el escenario perfecto para celebrar más de cuatro décadas de amor y compromiso.

Lizzie, siempre meticulosa en sus preparativos, sabía que necesitaría renovar su guardarropa para el viaje. Aunque contaba con algunas piezas ideales para climas cálidos, quería algo especial para esta ocasión. Fue entonces cuando decidió llamar a Sue, su nuera, quien tenía

un ojo impecable para la moda.

—¿Qué te parece si hacemos una escapada de chicas al centro comercial? —propuso Lizzie una tarde.

Sue, que amaba la idea de pasar tiempo de calidad con su suegra, no dudó en aceptar. — ¡Claro que sí, Lizzie! Será divertido y te ayudaré a elegir las mejores prendas para tu viaje.

La mañana del día elegido, Lizzie y Sue se encontraron en uno de los centros comerciales más grandes de la zona. La luz del sol entraba por los grandes ventanales, haciendo brillar las tiendas con sus múltiples ofertas y colores.

Sue, con su experiencia y buen gusto, condujo a Lizzie directamente a las tiendas que sabía que le encantarían. Escogieron vestidos ligeros, faldas que ondeaban con el viento, blusas de colores vivos y, por supuesto, trajes de baño para disfrutar de las piscinas del crucero y las playas del Caribe.

—Este sombrero te queda espectacular, Lizzie —comentó Sue, mostrándole un sombrero de ala ancha que resguardaría a Lizzie del sol tropical.

—Me siento rejuvenecida —respondió Lizzie, mirándose en el espejo y sonriendo. — Este viaje y estas compras han sido una inyección de alegría.

Entre risas, consejos y algún que otro helado para refrescarse, pasaron la tarde. Era más que una simple jornada de compras; era una conexión entre dos mujeres unidas por la familia y el cariño genuino.

Al final del día, con bolsas llenas y corazones contentos, ambas regresaron a casa. Lizzie, mirando su nuevo guardarropa, sentía que ya estaba lista para la nueva aventura que se avecinaba, y todo gracias a la maravillosa compañía y guía de Sue.

Día de Acción de Gracias en el Rancho

El aire estaba frío y claro en el rancho, y el olor del pasto recién cortado se mezclaba con el aroma tentador de la comida que se cocinaba en la gran cocina de la casa principal. La vasta extensión de tierra se veía bañada por una luz dorada, mientras el sol comenzaba su lento descenso hacia el horizonte.

Los gemelos, con sus tres años, correteaban por el jardín, persiguiendo a las gallinas y riendo con esa risa incontenible de la infancia. Sue, su madre, los observaba desde la puerta, riéndose de sus travesuras, mientras terminaba de arreglar la mesa exterior para la cena.

Troy se encontraba en el granero, terminando de alimentar a los caballos. El sudor le bajaba por la frente, pero una sonrisa permanecía en su rostro. A pesar de que el trabajo en el rancho nunca cesaba, incluso en días festivos, sentía un profundo agradecimiento por la tierra que lo había visto crecer y por la familia que lo acompañaba.

Mientras tanto, Cormack estaba ocupado asando el gran pavo en una parrilla al aire libre, vigilando que la carne se cociera a la perfección.

De repente, el sonido de un coche se escuchó acercándose por el camino de tierra que llevaba al rancho. Los gemelos, al reconocer el vehículo, gritaron de emoción: —¡Es tío Egan!

Egan salió del coche con una gran sonrisa, llevando consigo una botella de vino y una tarta. Fue recibido con abrazos y exclamaciones de alegría.

—¡No es una celebración sin tu famosa tarta de manzana, hermano! —dijo Troy, dándole un fuerte abrazo.

—No podía venir con las manos vacías —respondió Egan con una risa.

La tarde continuó en camaradería. Juegos de cartas en el porche, historias del pasado y risas compartidas. Los gemelos, siempre curiosos, se sentaron junto a Egan, escuchando fascinados las historias de la ciudad y las aventuras de su tío.

A medida que la cena estuvo lista, todos se reunieron alrededor de la gran mesa en el jardín, agradeciendo no sólo por la comida, sino por la oportunidad de estar juntos.

Entre risas, bromas y recuerdos compartidos, el Día de Acción de Gracias en el rancho fue una perfecta combinación de tradición y familia. Y, mientras la noche se cerraba sobre ellos, todos sentían en sus corazones el profundo agradecimiento por las bendiciones recibidas y la esperanza de muchos más días como ese en el futuro.

El aroma del café recién hecho inundaba la cocina del rancho. El canto de los pájaros en el amanecer y el murmullo de la conversación creaban un ambiente de calidez y familiaridad. Sue estaba en la estufa, volcando huevos revueltos en un plato grande, mientras que Troy vertía jugo en las copas.

Los gemelos, con su energía inagotable incluso a primera hora de la mañana, ya estaban

discutiendo sobre algún juguete mientras devoraban su desayuno.

—Realmente no sé qué vamos a hacer, Troy —decía Sue con un suspiro de frustración—. Esta es la tercera niñera que renuncia en menos de dos meses. Los gemelos son encantadores, pero admito que son un puñado.

Troy tomó una tostada y la untó con mermelada antes de responder. —Sí, lo sé. Pero tal vez deberíamos considerar a alguien con más experiencia, alguien que pueda manejar su energía.

Justo en ese momento, la puerta se abrió y Egan entró, su impecable traje contrastando con el ambiente rústico de la cocina.

—Buenos días a todos —saludó, dirigiéndose a la cafetera.

Los gemelos, emocionados, corrieron hacia él, abrazando sus piernas. —¡Tío Egan! ¡Tío Egan!

Egan sonrió y les revolvió el pelo. —Hola, pequeños diablillos. ¿Qué travesuras tienen planeadas para hoy?

—¡Muchas! —respondieron al unísono, riendo.

Sue ofreció una taza de café a Egan. —Llegas justo en medio de nuestra crisis de niñera.

Egan alzó una ceja mientras tomaba asiento. —¿Otra vez? ¿Qué ha pasado ahora?

Troy hizo una mueca. —Parece que nuestros pequeños tornados han logrado que otra niñera salga corriendo.

Egan observó a los gemelos, que estaban ocupados comiendo su desayuno, completamente ajenos a la conversación adulta. —Son niños con energía, eso es todo. Tal vez necesiten algo más que una niñera, quizás alguien que pueda enseñarles disciplina y a la vez divertirse con ellos.

Sue suspiró. —Eso suena ideal, pero no tengo idea de dónde encontrar a alguien así.

Egan se recostó en su silla, reflexionando. —Quizás no debas buscar en los lugares habituales. Tal vez alguien con un enfoque diferente, fuera de lo común, pueda manejar a estos dos.

La Entrevista con la Niñera

El espacioso salón del rancho estaba bañado en una luz suave de la tarde. En la cocina, Lizzie y Cormack preparaban el té, mientras en el salón, Troy, Sue y Egan esperaban, revisando el currículo de la niñera que había enviado la agencia.

Puntual a la cita, la puerta se abrió para revelar a una mujer de complexión robusta, pelo recogido en un moño apretado y una expresión estricta. Vestía de manera formal y llevaba un bolso grande de cuero. Sus ojos, detrás de unas gafas con montura metálica, inspeccionaron la habitación rápidamente.

—Buenas tardes. Soy la señora Gertrudis —dijo con voz firme, extendiendo su mano hacia el grupo.

—Un placer, señora Gertrudis. Soy Egan —respondió él, estrechando su mano. A su lado, Troy y Sue también la saludaron—. Agradezco que haya venido tan pronto. Hemos tenido problemas para encontrar a alguien adecuado para cuidar a los gemelos.

Gertrudis asintió. —He leído el informe de la agencia. No es la primera vez que trato con niños difíciles. Siempre he conseguido imponer orden.

Mientras conversaban, los gemelos, Charlie y Thomas, curioseaban desde la puerta del salón, sus ojos brillantes con travesura al ver a la nueva niñera.

—Bueno, aquí están los responsables de nuestras preocupaciones —dijo Troy, señalando a los gemelos—. Charlie, Thomas, vengan a saludar a la señora Gertrudis.

Los gemelos se acercaron lentamente, mirando a la señora Gertrudis con una mezcla de curiosidad y desconfianza.

—Hola —dijo Thomas tímidamente.

—¿Vas a ser nuestra nueva niñera? —preguntó Charlie con una sonrisa traviesa.

Gertrudis los observó detenidamente. —Si así lo decide su familia, sí. ¿Prometen comportarse?

Los gemelos intercambiaron miradas y asintieron, aunque la sonrisa de Charlie sugería que ya estaba planeando su próxima travesura.

—Bien, entonces espero que podamos llevarnos bien —dijo Gertrudis, ofreciendo una rara sonrisa.

La entrevista continuó por unos minutos más, con Troy, Sue y Egan discutiendo los términos y condiciones del trabajo. Aunque la señora Gertrudis parecía ser una elección poco convencional, la familia estaba dispuesta a intentarlo, sobre todo por la falta de opciones.

Con el acuerdo establecido, la señora Gertrudis prometió comenzar al día siguiente.

Mientras se despedía, los gemelos la observaban desde lejos, preguntándose qué sorpresas les depararía esta nueva niñera. Aunque aún no lo sabían, la estadía de la señora Gertrudis en el rancho estaría llena de desafíos y momentos inolvidables.

La Llegada de la Señora Gertrudis

A la mañana siguiente, una nube de polvo anunciaba la llegada de un vehículo al rancho. La señora Gertrudis había llegado puntualmente en su anticuado coche, estacionándolo con precisión en el garaje designado. Con paso firme, cargó su bolso y se dirigió a la entrada principal.

Lizzie y Cormack, alertados por el sonido, se asomaron por la ventana. Troy, Sue y Egan esperaban en el porche, listos para darle la bienvenida y para ver cómo los gemelos reaccionarían ante su llegada.

Charlie y Thomas, para sorpresa de todos, esperaban sentados en los escalones del porche, con la imagen de dos angelitos. No había rastro de sus usuales travesuras ni de sus sonrisas traviesas.

—Buenos días, señora Gertrudis —saludó Egan, extendiendo su mano—. Espero que haya tenido buen viaje.

—Sin problemas, gracias —respondió ella, observando a los gemelos que se levantaron y se acercaron a ella.

—Hola, señora Gertrudis —dijeron al unísono.

Ella asintió. —Hola, Charlie. Hola, Thomas.

Troy y Sue intercambiaron miradas de asombro. La buena conducta de los gemelos era inusual, casi sospechosa. ¿Acaso habían tramado algo para su nueva niñera?

Después de las presentaciones y una breve charla, se decidió mostrarle a la señora Gertrudis su habitación y las áreas donde trabajaría. Los gemelos la siguieron, caminando ordenadamente a su lado, mostrándole el camino.

Una vez que estuvieron en privado, la señora Gertrudis se arrodilló para quedar a la altura de los gemelos y les preguntó con una sonrisa: —¿Entonces, qué travesura tienen planeada para mí?

Los gemelos se miraron entre sí, sorprendidos de que hubiera adivinado. Charlie, con una sonrisa traviesa, respondió: —Todavía no hemos decidido. Pero nos gusta que pueda prever nuestras travesuras.

La señora Gertrudis sonrió. —Creo que nos llevaremos bien. Pero recuerden, también tengo mis propios trucos bajo la manga.

Esa primera mañana fue una danza de observación mutua. Mientras los adultos veían cómo la señora Gertrudis interactuaba con los gemelos, ella también observaba y evaluaba las dinámicas familiares. Pero lo que todos notaron fue la actitud sospechosamente buena de los gemelos, una calma antes de la tormenta de travesuras que seguramente vendría.

El Primer Incidente

En el vasto rancho, había un viejo granero que rara vez se usaba. Tenía un encanto rústico, con madera desgastada y una puerta que chirriaba al abrirse. Con el paso del tiempo, había sido transformado en un almacén de viejas herramientas y artefactos de generaciones pasadas.

La señora Gertrudis había sido advertida sobre el granero, principalmente por ser un lugar en el que los gemelos solían hacer de las suyas. “Es un terreno de juegos para sus travesuras,” había mencionado Sue.

Una tarde, mientras la señora Gertrudis se ocupaba de unos quehaceres en la casa, notó un silencio inusual. Sabiendo lo que eso podría significar, se dirigió al granero, temiendo lo peor.

Al abrir la puerta chirriante, un torrente de palomas salió en estampida, revoloteando y causando un caos. Con los ojos entrecerrados, la señora Gertrudis logró distinguir a Charlie y Thomas en el centro del granero, cubiertos de harina y riendo a carcajadas, mientras soltaban más palomas de una jaula.

—¡Charlie! ¡Thomas! —gritó por encima del alboroto—. ¡Qué están haciendo!

Los gemelos, viendo que habían sido descubiertos, trataron de escapar, pero la señora Gertrudis, con una agilidad sorprendente para su edad, los atrapó de los brazos.

—¿Puedo preguntar qué llevó a esta... ocurrencia? —preguntó, tratando de mantener la calma.

Charlie, tratando de contener su risa, explicó: —Queríamos hacer una sorpresa para usted, señora Gertrudis. Una especie de bienvenida al rancho.

Thomas asintió enérgicamente, agregando: —Sí, una bienvenida voladora.

La señora Gertrudis suspiró, tratando de no sonreír. —Si esta es su idea de una bienvenida, no puedo imaginar qué tienen planeado para mi despedida.

Con una mirada firme, los llevó de regreso a la casa, dejando atrás el granero y su caótico interior. Si bien estaba frustrada, también estaba decidida. Sabía que manejar a estos gemelos sería un desafío, pero no estaba lista para rendirse. Aunque era solo el primer incidente, estaba decidida a enseñarles la diferencia entre una travesura inocente y un caos innecesario. La señora Gertrudis había llegado para quedarse, al menos por ahora.

El Segundo Incidente: La Soga en el Pozo

El rancho tenía un viejo pozo cerca del jardín, adornado con piedras y con una manivela de hierro forjado. Era más un adorno que una fuente de agua, pero mantenía una profundidad considerable y, por razones de seguridad, siempre estaba cubierto con una pesada tapa de madera.

Esa mañana, después de que los gemelos terminaran su desayuno, la señora Gertrudis decidió enseñarles algunas tareas del jardín, esperando que el trabajo manual les ayudara a canalizar su energía. Sin embargo, en un descuido, Charlie y Thomas desaparecieron de su vista.

Después de buscarlos por unos minutos, escuchó risas provenientes del área del pozo. Al acercarse, vio una soga que colgaba de uno de los árboles cercanos, extendiéndose hasta el pozo. Thomas estaba al borde, sosteniendo la soga, mientras Charlie estaba a medio camino, columpiándose por encima del pozo.

—¡Charlie! ¡Thomas! —gritó alarmada la señora Gertrudis.

Thomas soltó la soga, y Charlie, con una agilidad impresionante, saltó fuera del pozo justo a tiempo, cayendo sobre el césped.

—¡Esto no es un juego! —exclamó la niñera, corriendo hacia ellos—. ¿Se dan cuenta de lo peligroso que era eso?

Charlie se levantó, sacudiendo su ropa. —Solo estábamos intentando hacer un columpio, señora Gertrudis.

—Sí —intervino Thomas—. Vimos uno en una película y pensamos que sería divertido.

La señora Gertrudis se tomó un momento para recuperar la calma. —Hay lugares apropiados para columpios y el pozo no es uno de ellos. Podrían haberse lastimado seriamente o algo peor.

Los gemelos bajaron la cabeza, sabiendo que habían cruzado una línea.

—Vamos a limpiar este desastre —dijo firmemente—. Y luego, tendremos una charla seria sobre seguridad en el rancho.

Aunque el segundo incidente había sido más peligroso que el primero, reafirmó la determinación de la señora Gertrudis. Estaba decidida a guiar a estos jóvenes traviesos hacia una dirección más segura y responsable. La aventura en el rancho estaba lejos de terminar.

El Tercer Incidente: La Cueva Secreta

El rancho estaba rodeado de una vasta extensión de tierras, con bosques, prados y colinas que se extendían más allá de lo que el ojo podía ver. Una de las características más intrigantes de la propiedad era una serie de cuevas subterráneas que se encontraban cerca del límite occidental del terreno.

Se decía que estas cuevas habían sido utilizadas por los antiguos nativos americanos, y algunas leyendas locales afirmaban que estaban malditas. Independientemente de la veracidad de estas historias, Cormack y Lizzie siempre habían advertido a sus hijos y nietos sobre los peligros de explorar esas cuevas sin supervisión, debido a sus oscuros pasadizos y posibles derrumbes.

Una tarde, después de la escuela, los gemelos corrieron a su habitación, emocionados por un mapa que habían encontrado en una de las viejas bibliotecas del rancho. Era un mapa detallado que parecía mostrar el camino hacia una de las cuevas más grandes.

—Mira, Thomas —susurró Charlie, señalando una X en el mapa—. Dice que aquí hay un tesoro escondido.

—Podemos ser exploradores —respondió Thomas, con los ojos brillantes—. Pero tenemos que ser sigilosos.

Con mochilas llenas de provisiones y linternas, los gemelos se adentraron en el bosque, siguiendo el mapa hacia su aventura.

Para cuando la señora Gertrudis se dio cuenta de la ausencia de los gemelos, ya habían pasado un par de horas. Alarmada, fue a buscar a Sue y a Troy.

—No encuentro a Charlie y a Thomas —confesó, preocupada.

Egan, que había escuchado la conversación, entró en la habitación de los gemelos y encontró el mapa. Al instante, supo adónde habían ido.

—Las cuevas —murmuró, mostrando el mapa—. ¡Tienen que haber ido a las cuevas!

La cara de Troy palideció. —¡Esas cuevas son peligrosas! Tenemos que encontrarlos antes de que anochezca.

Todos se lanzaron al bosque, siguiendo el mapa y buscando pistas del paradero de los gemelos.

Dentro de la cueva, los gemelos se dieron cuenta de que la aventura era más desafiante de lo que habían anticipado. Los pasadizos eran oscuros y el aire se volvía más frío y húmedo a medida que avanzaban. Su linterna parpadeaba.

—Quizás deberíamos regresar —sugirió Charlie, su voz llena de temor.

Pero antes de que pudieran decidir, escucharon un estruendo. Un derrumbe bloqueó el camino por el que habían venido.

—¡Estamos atrapados! —gritó Thomas, con lágrimas en los ojos.

Fuera, Egan, Troy, Sue y la señora Gertrudis finalmente encontraron la entrada de la cueva, pero también vieron el derrumbe.

—¡Charlie! ¡Thomas! —gritó Sue, desesperada, mientras intentaba mover las piedras.

Egan, con una determinación feroz, dijo: —Hay otra entrada, un poco más adelante. Podemos intentar entrar por ahí.

Corrieron hacia la otra entrada, orando por encontrar a los gemelos sanos y salvos.

Después de lo que parecieron horas, los gemelos vieron una luz al final de un pasadizo. Al acercarse, encontraron a Egan, con lágrimas en los ojos y las manos extendidas.

—¡Están aquí! —gritó hacia la entrada, donde los demás los esperaban.

Cuando finalmente salieron al aire libre, los gemelos se abrazaron a Sue y Troy, mientras la señora Gertrudis y Egan observaban, aliviados.

—Nunca, nunca vuelvan a hacer algo así —dijo Sue, su voz quebrada por el alivio y el miedo.

Charlie y Thomas asintieron, dándose cuenta de la gravedad de su travesura.

Esa noche, mientras todos estaban sentados alrededor de la chimenea, Cormack tomó el mapa y lo arrojó al fuego. La aventura había terminado, pero las lecciones aprendidas permanecerían para siempre.

Renuncia de la Señora Gertrudis

La mañana después del incidente de la cueva, la señora Gertrudis estaba sentada en la sala, con una taza de té entre sus manos temblorosas. Los eventos del día anterior habían dejado una profunda impresión en ella. La posibilidad de perder a los gemelos en las cuevas le había mostrado que, a pesar de su experiencia y confianza, algunas responsabilidades eran simplemente demasiado grandes.

Cuando Troy y Sue entraron en la sala, notaron la expresión sombría de la señora Gertrudis.

—Buenos días, señora Gertrudis —dijo Sue, intentando sonar animada—. ¿Todo bien?

La señora Gertrudis dejó su taza en la mesa y se tomó un momento para responder. —He estado reflexionando sobre los eventos de ayer y he llegado a una decisión.

Troy y Sue intercambiaron miradas preocupadas.

—He decidido renunciar a mi puesto como niñera —anunció con voz firme. —Me doy cuenta de que, por más que lo intente, no puedo proteger a Charlie y Thomas de todas las travesuras que se les ocurran. Ellos no entienden completamente el peligro, y temo que algo les pase bajo mi cuidado.

Sue dio un paso adelante. —Señora Gertrudis, entendemos sus preocupaciones y realmente apreciamos todo lo que ha hecho por nosotros. Los niños son... un puñado.

La señora Gertrudis asintió. —Lo son, y tienen un espíritu aventurero que no debería ser sofocado. Pero también necesitan entender los límites y las consecuencias de sus acciones.

Troy suspiró. —Tiene razón. Nosotros también debemos tomar más responsabilidad en su educación y comportamiento.

—He disfrutado mucho mi tiempo aquí, y les deseo a todos lo mejor —dijo la señora Gertrudis, levantándose.

Los gemelos, que habían estado escuchando desde el pasillo, entraron corriendo y se abrazaron a las piernas de la señora Gertrudis.

—Lo sentimos —murmuró Charlie, con lágrimas en los ojos.

—Nosotros también —añadió Thomas.

La señora Gertrudis se agachó y abrazó a los niños. —Sé buenos, y recuerden siempre pensar en las consecuencias de sus acciones.

Después de despedirse, la señora Gertrudis salió del rancho, dejando atrás una familia más unida y decidida a enfrentar juntos los desafíos que se les presentaran en el futuro.

El principio del fin

La mañana había comenzado como cualquier otra en el rancho. Las aves cantaban su melodía habitual, y el aroma del café recién hecho flotaba en el aire. Lizzie, con su energía inagotable a pesar de su edad, se había despertado temprano como siempre, deseosa de comenzar el día.

Estaba en el jardín, cuidando de sus rosas, sus joyas más preciadas. La tierra estaba un poco húmeda debido al rocío de la mañana. Mientras se inclinaba para podar un brote, su pie resbaló en una piedra suelta, haciendo que perdiera el equilibrio. Intentó aferrarse al soporte de la rosa, pero fue en vano. Cayó al suelo con un golpe sordo, y un agudo dolor atravesó su cadera.

Troy, que estaba cerca, oyó el ruido y corrió hacia ella. Encontró a Lizzie en el suelo, con una expresión de dolor en su rostro. La levantó con cuidado, y, a pesar de sus intentos por minimizarlo, estaba claro que algo grave había sucedido.

La llevaron rápidamente al hospital más cercano. Después de varias pruebas y radiografías, el diagnóstico fue claro: Lizzie tenía una fractura en la cadera y necesitaría cirugía.

El doctor, un hombre de mediana edad con una mirada compasiva, explicó el procedimiento y aseguró a la familia que, aunque la cirugía era rutinaria, había riesgos debido a la edad avanzada de Lizzie. La familia, llena de preocupación, decidió seguir adelante, confiando en las habilidades del médico y en la fortaleza de Lizzie.

La operación comenzó según lo planeado, pero durante la cirugía, surgieron complicaciones. Una reacción inesperada al anestésico causó que Lizzie tuviera problemas cardíacos. La situación se volvió crítica. El equipo médico trabajó incansablemente, cada segundo contaba. En la sala de espera, la familia se mantenía unida, esperando noticias, rezando por un milagro.

Tras horas que parecían eternas, el doctor finalmente emergió. Su expresión era sombría. Explicó que, aunque habían estabilizado a Lizzie, había sufrido un daño significativo y estaba en estado crítico. Las próximas 48 horas serían cruciales para su recuperación.

La noticia cayó como un balde de agua fría sobre la familia. El rancho, que siempre había sido un lugar de alegría y risas, se sumió en un silencio sombrío.

Lizzie fue trasladada a cuidados intensivos. Las máquinas y monitores pitaban constantemente, una recordatorio constante de la gravedad de la situación. A su lado, sus hijos se turnaban, aferrándose a la esperanza, compartiendo recuerdos, y enviando sus más profundos deseos para que despertara y volviera a ser la Lizzie alegre y llena de vida que todos conocían y amaban.

El tiempo en el hospital parecía transcurrir de una forma extraña, entre esperas interminables y momentos de profundo dolor. Lizzie continuaba en un estado de inconsciencia, mientras su familia permanecía a su lado, cada uno lidiando con sus propios temores y recuerdos.

En el quinto día, sin previo aviso, Lizzie abrió los ojos. Al principio, parecían

desenfocados, pero lentamente se ajustaron a la tenue luz de la habitación. Su marido, Cormack, que había pasado noches enteras durmiendo en una silla junto a su cama, sintió un alivio inmenso al verla despertar. Tomó su mano arrugada entre las suyas, sintiendo su débil pero firme apretón.

Lizzie, con voz ronca y débil, le habló con dificultad. Sus palabras, aunque pronunciadas en un susurro, resonaron con una claridad y determinación sorprendentes en el corazón de Cormack.

"Si algo me sucede, Cormack, quiero que lleves mis cenizas al mar. Sabes cómo amo el océano... cómo me recuerda a nuestra juventud, a esos días en los que todo parecía posible."

Cormack, luchando contra las lágrimas y la emoción que amenazaba con ahogarlo, asintió. "Lo haré, Lizzie. Lo prometo. Pero no hables de eso ahora. Vas a mejorar. Vas a salir de esta."

Lizzie sonrió débilmente, su mirada perdida en algún recuerdo distante. "Siempre has sido mi roca, mi amor. Pero necesito que hagas esta promesa. No por mí, sino por ti. Para que puedas encontrar paz."

El rostro de Cormack se desplomó, y las lágrimas fluyeron libremente. Besó la mano de Lizzie y susurró, "Lo prometo, amor mío. Pero no te rindas. Aún tenemos muchos recuerdos por crear."

Los siguientes días, Lizzie se mantuvo en un estado crítico. A pesar de breves momentos de lucidez, su salud continuó siendo frágil. La petición de Lizzie resonó en el corazón de Cormack, convirtiéndose en un recordatorio de la efímera naturaleza de la vida y la importancia de abrazar y honrar cada momento compartido.

Las visitas al hospital se volvieron rutina para la familia, con momentos de alegría y tristeza entrelazados como hilos de un intrincado tejido. Sin embargo, una nueva preocupación surgió cuando Lizzie comenzó a mostrar signos de confusión.

Ciertos días, ella miraba a Cormack como si no lo reconociera, preguntándole sobre acontecimientos que ocurrieron hace décadas como si hubieran sucedido ayer. En otras ocasiones, llamaba a sus hijos por nombres incorrectos o no recordaba hechos recientes, como el nacimiento de uno de sus nietos.

El doctor Ramos, el neurólogo encargado de su caso, llamó a la familia para discutir la situación.

"Las pruebas indican que Lizzie tiene un coágulo en una parte del cerebro que gestiona la memoria a corto plazo," comenzó el doctor, mostrando las imágenes de resonancia magnética en la pantalla. "Esto podría explicar sus recientes episodios de confusión y pérdida de memoria."

Cormack, tratando de mantener la compostura, preguntó: "¿Hay alguna manera de tratarlo? ¿Puede ser operada?"

El doctor Ramos suspiró, eligiendo sus palabras con cuidado. "Sí, hay procedimientos

quirúrgicos que podríamos intentar para eliminar el coágulo. Sin embargo, debido a su condición actual y a las complicaciones de la cirugía anterior, operarla es extremadamente riesgoso. Podría empeorar su estado o incluso ser fatal."

El silencio llenó la sala. La elección parecía imposible: enfrentar el riesgo de perder a Lizzie durante la operación o verla desvanecerse lentamente, perdiendo su conexión con el presente.

Troy, apretando la mano de su padre, intervino: "¿Hay alguna otra opción, doctor? ¿Algún tratamiento que no sea tan invasivo?"

El doctor Ramos asintió lentamente. "Hay medicamentos que pueden ayudar a disolver coágulos, pero no siempre son efectivos, y tienen sus propios riesgos. También podríamos considerar terapias alternativas y rehabilitación cognitiva para ayudarla a lidiar con la pérdida de memoria."

La familia se enfrentó a decisiones difíciles, sopesando los riesgos y beneficios de cada opción. Mientras tanto, Lizzie, en sus momentos lúcidos, se aferraba a sus recuerdos del pasado, compartiéndolos con su familia, como si quisiera asegurarse de que, incluso si se desvanecían para ella, seguirían vivos en los corazones de aquellos que amaba.

El cuarto de hospital estaba silencioso, excepto por el murmullo ocasional de la maquinaria y el constante monitoreo del ritmo cardíaco de Lizzie en el fondo. Una luz tenue se filtraba por la ventana, bañando la habitación con los tonos cálidos del atardecer.

Cormack sostenía la mano frágil de su esposa, con la piel ya arrugada, pero aún firme en su agarre. Sus ojos estaban fijos en ella, absorto en cada pequeña respiración, cada sutil movimiento.

Troy, al lado de su padre, luchaba por mantener la compostura. —Mamá —susurró—, siempre estarás con nosotros. Siempre.

Lizzie abrió lentamente sus ojos, y aunque el brillo de antaño parecía haberse atenuado, había una profundidad y una sabiduría que sólo vienen con los años y las experiencias vividas. —Mis amores —su voz era apenas un susurro—, ha sido un viaje maravilloso.

Cormack apretó su mano, las lágrimas fluyendo sin contención. —Lizzie, mi vida, nos has dado tanto. No puedo imaginar un mundo sin ti.

Ella esbozó una débil sonrisa. —Mi querido Cormack, la vida continúa, y tú debes seguir con ella. Pero prométeme que lo harás con alegría, con pasión. Por nosotros.

—No sé cómo hacerlo sin ti —confesó Cormack, su voz quebrándose por el dolor.

Lizzie dirigió su mirada a Troy. —Cuida de tu padre —le pidió— y de tus hijos. La vida es un regalo, cada momento, cada risa, cada lágrima.

Troy asintió, sus ojos llenos de lágrimas. —Lo haré, mamá. Te lo prometo.

En ese silente momento, las palabras ya no eran necesarias. El amor y la conexión que

sentían el uno por el otro llenaban la habitación, más palpables que cualquier palabra que pudieran decir.

Con una última mirada serena, Lizzie cerró los ojos. Su respiración fue ralentizándose hasta que, finalmente, cesó. El monitor anunció su partida con un tono sostenido.

El dolor inundó el cuarto, pero también una sensación de paz. Todos sabían que Lizzie había vivido una vida llena de amor y que ahora, finalmente, descansaba. Su legado viviría a través de las historias, las risas y las lágrimas de todos aquellos que la habían amado y que ella había amado.

El sonido del coche rompiendo la grava del camino de entrada al rancho hizo que Troy levantara la vista desde donde estaba, a unos pasos de la entrada principal. Egan salió del coche, el rostro pálido, sabiendo lo que había perdido. Apenas había dado unos pasos cuando Troy, movido por el dolor y la ira, se acercó rápidamente y lo golpeó en la cara.

—¡Todo ese maldito dinero! —gritó Troy, su voz rasgada por el dolor—. ¡Tanto dinero y no necesitabas trabajar, Egan! ¡Mamá murió sin poder verte por última vez!

Egan, sorprendido por la reacción de Troy y aún asimilando el impacto, no luchó. Las lágrimas llenaban sus ojos, pero no por el dolor del golpe, sino por la verdad en las palabras de su hermano.

Cormack, que había salido al oír el alboroto, puso su mano en el hombro de Troy, intentando calmarlo. —No es el momento, Troy. Hay que pensar en mamá ahora.

Egan limpió la sangre de su labio y miró a Troy. —Tienes razón —admitió con voz quebrada—. Me equivoqué. No debería haber priorizado el trabajo. Lo siento.

Troy, aunque todavía lleno de ira, se contuvo. Las palabras no podían traer a su madre de vuelta, y su hermano lo sabía.

La organización del funeral fue un asunto que requirió la colaboración de todos. La comunidad se unió, ofreciendo su apoyo y ayuda. Pero a pesar de la atmósfera de solidaridad, la tensión entre Troy y Egan era palpable.

Egan intentó acercarse varias veces a Troy, buscando el perdón y la comprensión, pero el muro de dolor y resentimiento construido en torno a Troy parecía inquebrantable.

Cormack observaba en silencio, su corazón roto no sólo por la pérdida de su esposa, sino también por la creciente brecha entre sus hijos. Lizzie siempre había querido que sus hijos estuvieran unidos, y en este momento de profunda tristeza, su ausencia se sentía aún más.

Con el tiempo, el funeral llegó y pasó, con la comunidad reuniéndose para despedirse de Lizzie y ofrecer sus condolencias a la familia. Pero para Troy y Egan, el verdadero desafío no era enfrentar la muerte de su madre, sino encontrar una manera de superar sus diferencias y recordar lo que realmente importaba: la familia.

La Navidad en el rancho había llegado con una mezcla de esperanza y tristeza, la primera

Navidad sin Lizzie. A pesar del dolor de su ausencia, la familia había decidido seguir adelante y decorar el rancho como nunca antes. Era más por los gemelos que por cualquier otra razón; la chispa de alegría en sus ojos era el recordatorio constante de que la vida debía continuar, y que había que mantener vivas las tradiciones.

La gran casa principal estaba cubierta con luces brillantes que centelleaban en la fría noche invernal. En el salón, un gran árbol de Navidad estaba adornado con ornamentos relucientes y recuerdos de Navidades pasadas. Bajo el árbol, una multitud de regalos esperaba a ser abierta en la mañana de Navidad. Las guirnaldas y las velas aromáticas daban a cada rincón un toque festivo y cálido.

La cena de Nochebuena se sirvió en la gran mesa de comedor. Aunque había una silla vacía, el espíritu de Lizzie se sentía en cada rincón. Mientras se pasaban platos de comida tradicional, la conversación fluía con cariño y recuerdos, y los gemelos llenaban el ambiente con sus risas y su inocencia.

Fue después de la cena, cuando todos estaban sentados alrededor del árbol, que Cormack se levantó, con la urna de Lizzie en sus manos. Su rostro, normalmente sereno, mostraba signos de emoción.

—Lizzie siempre decía que su recuerdo debía simbolizar vida, no dolor —comenzó, mirando a los ojos de sus hijos—. No quería que sus cenizas descansaran aquí en el rancho, porque no quería que su ausencia se convirtiera en una sombra constante de tristeza para nosotros. Quería que pensáramos en ella con alegría, con gratitud por los momentos vividos.

Respiró hondo, luchando por mantener la compostura. —Así que, después de Navidad, iré al crucero que habíamos planeado juntos. Llevaré sus cenizas al mar, como ella quería. El océano es infinito y simboliza la vida eterna. Y en cada ola, en cada brisa marina, ella seguirá estando con nosotros.

Los ojos de todos estaban llenos de lágrimas. Fue un momento de comprensión y reconciliación, en especial para Troy y Egan, quienes se miraron y asintieron, dejando atrás el resentimiento y abrazando la promesa de un nuevo comienzo. Por Lizzie, por ellos y por los gemelos, la familia estaba decidida a encontrar consuelo y paz, sabiendo que su recuerdo siempre estaría vivo en sus corazones.

El día en que Cormack estaba listo para partir al crucero, el rancho estaba envuelto en una neblina espesa. Parecía que el mundo entero se había pausado, creando un espacio entre lo terrenal y lo celestial. El pasto, todavía empapado de rocío, brillaba bajo el tenue sol, y el aire frío picaba en las mejillas. La camioneta, lista y cargada con lo necesario para el viaje, esperaba junto al porche, donde la familia se había reunido para despedirse.

Troy se adelantó, sus botas dejando marcas en el suelo húmedo. —Sé que esto es algo que necesitas hacer, padre. Asegúrate de volver. Mamá hubiera querido que volvieras.—

Cormack asintió, su mirada profundamente absorta en los recuerdos. —Volveré, hijo. Y ella siempre estará con nosotros.—

Egan, aún cargando con el peso de la culpa, se acercó con cautela. —Papá... Espero que encuentres paz en este viaje. Y si ves a mamá allá en el océano, dale todo mi amor.—

La voz de Egan quebró al final, y Cormack, mostrando un gesto de comprensión, respondió: —Lo haré, Egan. Todos extrañamos su presencia cada día.—

Pero la parte más difícil estaba por venir. Los gemelos, con sus rostros inocentes, miraban la escena con ojos curiosos y algo confundidos. A menudo se les encontraba en rincones del rancho, esperando a Lizzie, como si en algún momento ella fuera a aparecer y contarles otra historia. Era una tarea difícil explicarles, y Sue sabía que tenía que hacerlo.

Acercándose a los pequeños, se agachó para estar a su altura. —Mis pequeños, necesitamos hablar de algo importante.—

Ambos gemelos la observaron atentamente, sus ojos brillantes reflejando una mezcla de anticipación y preocupación.

—El abuelo Cormack está tomando un barco para llevar a la abuelita Lizzie a un lugar que ella amaba mucho: el mar. Ahí, ella podrá ser libre y sentir el viento y las olas siempre.—

Uno de los gemelos parpadeó varias veces, tratando de procesar la información. —¿Pero por qué, mami? ¿Por qué la abuelita no puede quedarse aquí con nosotros?—

Sue tragó saliva, buscando las palabras adecuadas. —La abuelita Lizzie está en un lugar donde ya no hay dolor ni tristeza. Pero aunque no la veamos, siempre está aquí, en nuestros corazones. Cada vez que sintamos el viento en nuestro rostro o escuchemos el canto de los pájaros, podemos pensar en ella y en lo mucho que nos ama.—

El otro gemelo, con los ojos vidriosos, preguntó con voz temblorosa: —¿Y el abuelo? ¿Regresará?—

—Sí, amor. El abuelo volverá. Pero mientras esté lejos, debemos ser fuertes y recordar a la abuelita con amor y alegría.—

La despedida fue emotiva. A medida que Cormack se alejaba en la camioneta, una sensación de vacío llenaba el rancho, pero también había una promesa tácita de sanación y de mantener vivo el recuerdo de Lizzie.

Misterios del Mar Caribe

El aire fresco del invierno circulaba por el rancho, mientras Egan se preparaba para regresar a la ciudad. Habían pasado ya casi cuatro semanas desde la partida de Cormack, y la ausencia del patriarca en el hogar era palpable. Sin embargo, a pesar del dolor, Egan había encontrado en el rancho un refugio y un espacio para reflexionar sobre su relación con su padre y la pérdida de su madre.

—Egan— llamó Troy, acercándose con paso firme—. Hablé con papá hoy por teléfono. No puedo creer el cambio en su voz. Suena... renovado, ¿no te parece?

Egan, acomodando sus cosas en el coche, asintió con una sonrisa. —Sí, lo noté también. Es como si ese viaje lo hubiera transformado de alguna manera.

Sue, sosteniendo a uno de los gemelos, se unió a la conversación. —Me dijo que nos trae una sorpresa. No tengo idea de qué podría tratarse.

Troy frunció el ceño en una expresión pensativa. —Después de tres semanas en el Caribe, podría ser cualquier cosa. Quizá encontró un tesoro pirata o algo por el estilo— bromeó, provocando risas entre los presentes.

Egan, mirando hacia el horizonte, se mostró más contemplativo. —Sabes, quizá no sea algo material. El Caribe tiene un misticismo, una energía que puede afectar a las personas. Tal vez lo que encontró allí fue una nueva perspectiva o una forma de sanar su corazón.

Sue, acariciando suavemente el cabello del gemelo que sostenía en brazos, añadió: —O quizá encontró una manera de conectarse con mamá. El mar tiene sus propios misterios.

Los tres compartieron un momento de silencio, sintiendo la resonancia de esas palabras.

—Sea lo que sea— comenzó Troy, rompiendo el silencio—, espero que nos ayude a todos a encontrar la paz que necesitamos.

Egan asintió. —Yo también lo espero. Cuídense, y asegúrense de que esos pequeños tornados no causen demasiado alboroto antes de que regrese papá— dijo, señalando a los gemelos con una sonrisa.

Sue se rió. —Lo intentaremos, pero no prometo nada.

Con un último abrazo y unas palabras de despedida, Egan se puso en marcha, dejando atrás el rancho y llevándose consigo las expectativas y la curiosidad de lo que Cormack traería de regreso del Caribe.

Las luces de la ciudad bañaban las calles con un resplandor artificial, un contraste fuerte para alguien que había estado en la serenidad del rancho. Egan, aunque solía sentirse cómodo entre rascacielos y ajetreo, ahora notaba una ligera sensación de desapego. Sin embargo, el negocio no esperaba y, en su oficina en lo alto de un edificio imponente, Egan se preparaba para una serie de reuniones importantes.

Entró Melissa, su secretaria, una mujer profesional y siempre sonriente, con un portafolio lleno de papeles en mano. —Aquí tiene, Sr. Egan, toda la información para la junta de esta tarde. Y el informe financiero que solicitó.

Egan asintió mientras revisaba los documentos. —Gracias, Melissa. ¿Cómo va todo? He notado que llevas un nuevo anillo.— Señaló, con discreción, el anillo que brillaba en el dedo anular de Melissa.

Melissa sonrió, su rostro iluminado por la emoción. —Sí, mi esposo y yo celebramos nuestro décimo aniversario. Fue una sorpresa.

Egan sonrió genuinamente, —¡Felicidades! Diez años es un hito.

La charla fluyó con naturalidad. Aunque Melissa estaba casada, y Egan jamás cruzaría una línea inapropiada, habían desarrollado una amistad basada en el respeto mutuo. Las conversaciones sobre la familia y los momentos personales siempre encontraban un espacio en sus interacciones laborales.

La reunión fue interrumpida abruptamente por el tono insistente del teléfono de Egan. Al ver la identificación de llamada, supo que era del rancho. —Disculpa un momento, Melissa.— Egan atendió la llamada y su rostro cambió inmediatamente al escuchar las noticias.

—Señor Egan... Su padre no ha regresado solo. Hay una mujer con él, joven, y entró al rancho tomada del brazo de su padre.— La voz del peón sonaba claramente sorprendida.

Egan intentó procesar la información. —¿Una mujer? ¿Estás seguro?

—Sí, señor. No sé quién es, pero parece que la conoce bien.

El pensamiento de que su padre, aún de luto por Lizzie, pudiera haber encontrado a una amante en el crucero inundó la mente de Egan. El malestar y la confusión lo hicieron reaccionar rápidamente.

—Gracias por informarme. Estaré allí lo más pronto posible.— Dijo, colgando el teléfono.

Melissa, notando el cambio en su semblante, preguntó con preocupación: —¿Todo bien, Sr. Egan?

Egan se levantó, agarrando su chaqueta. —Necesito regresar al rancho. Hay... situaciones que debo atender. Por favor, reprograma mis reuniones y discúlpate con los clientes.

Melissa asintió, —Por supuesto. Cuídese.

Con una mezcla de confusión, curiosidad y cierto grado de enfado, Egan partió hacia el rancho, preparándose para enfrentar una situación completamente inesperada.

Egan había pasado dos días inmerso en el ajetreo de la ciudad, atendiendo asuntos laborales y preparando todo para su inminente traslado. No había hablado con nadie en el rancho durante ese tiempo; el enfado que sentía por la noticia sobre su padre y la desconocida mujer que

lo acompañaba le había llevado a un silencio autoimpuesto.

Llegó al rancho con la puesta de sol, un naranja intenso que iluminaba el camino. Las luces de la casa principal estaban encendidas, señal de que todos estaban reunidos allí. Tomó una respiración profunda y se dispuso a entrar.

Dentro de la casa, la escena era cálida y familiar, con una notable excepción. Una mujer de sorprendente belleza jugaba con los gemelos, quienes se reían con alegría, claramente encariñados con ella. Pero lo que realmente sacudió a Egan no fue la presencia de la mujer, sino ver a Troy, su hermano, compartiendo risas y sonrisas con ella.

Sin decir palabra, Egan avanzó con pasos decididos hacia su padre, abrazándolo brevemente en un gesto que denotaba más obligación que cariño genuino. Cuando se dispusieron a presentarle a la misteriosa mujer, Egan levantó la mano en un gesto de detención y, con frialdad en su voz, declaró: —No me interesa.

Con eso, se alejó, dejando detrás una sala llena de caras sorprendidas y una atmósfera tensa. La diversión y la calidez habían sido reemplazadas por confusión y preocupación.

Poco después los gemelos le pidieron a sus papás ir por helado, el abuelo los acompañaría pero ella, quería aprovechar y dormir un poco pues los gemelos la tenían agotada,

Y fue mientras estaba sentada en uno de los sofás del amplio salón, sosteniendo en sus manos una fotografía de la familia, con sus ojos parecían perdidos en sus pensamientos, que Egan apareció frente a ella.

Este estaba aún más malhumorado, no importaba si había dado algunas vueltas por el rancho, y con enfado, decidió que ya era suficiente. No podía seguir evitando la situación; necesitaba respuestas.

—¿Tienes un contrato? —preguntó Egan, sus ojos azules mirándola con intensidad.

Anne, tomada por sorpresa, parpadeó un par de veces antes de responder: —Sí, lo firmé cuando llegamos aquí.

Egan parecía cada vez más tenso. Cada palabra que salía de la boca de Anne solo parecía empeorar las cosas. —¿Y ganas dinero por estar aquí?

Anne, intentando mantener la calma y no dejarse intimidar por el tono acusatorio de Egan, contestó: —Claro, se me paga muy bien por estar aquí.

Eso fue demasiado para Egan. El sentimiento de traición y la ira se mezclaron en un torrente de emociones que no pudo contener. —¡Estás aquí solo por el dinero! —exclamó, su voz subiendo de tono. —¿Qué te crees? ¿Una cazafortunas?

Anne se levantó con dignidad. Las palabras de Egan la habían herido, pero no estaba dispuesta a darle el gusto de verla llorar. —No tienes idea de lo que hablas —respondió con firmeza.

Egan la miró con desprecio. —No te quiero aquí.

Eso fue todo lo que Anne necesitó escuchar. Sin decir una palabra más, sin siquiera tomarse el tiempo para recoger sus pertenencias, salió de la casa principal, dejando atrás un Egan absorto y preocupado. Ella era joven, como de la edad de su hermano, era casi de noche y podía enfrentar peligros si no conocía la zona.

Pero se dijo que no era su problema

Aclaración y mucha vergüenza

La noche en el rancho era fresca, las estrellas brillaban con fulgor, marcando un cielo que contrastaba profundamente con la tensión que se respiraba dentro de la casa principal. Egan, aún con su indignación latente, recorría con la mirada cada rincón de la sala mientras la risa y cháchara que usualmente resonaba en las paredes de la casa, ahora había cedido paso a un silencio sepulcral.

Cuando la puerta principal se abrió, entraron Sue, Cormack, Troy y los gemelos, Charlie y Thomas. Estaban compartiendo anécdotas del paseo a la heladería, las sonrisas en sus rostros revelaban una tarde agradable. Sin embargo, todo cambió cuando los pequeños comenzaron a llamar a Anne.

—¡Voy a buscar a Anne para enseñarle mi juguete nuevo! —exclamó Charlie con entusiasmo, corriendo hacia la sala.

Thomas, con su inocencia palpable, miró a su alrededor, perplejo al no encontrar a Anne. —¿Dónde está Anne?

La figura de Egan, en un extremo de la habitación, era una sombra inquisitiva. Sus ojos, inyectados en enojo y turbación, delataban una historia que aún no había sido contada.

Notando la atmósfera tensa, Troy preguntó, intentando mantener la calma: —Egan, ¿qué sucedió?

Egan, con una mezcla de frustración y rabia, respondió cortante: —La he arrojado a la calle, eso he hecho.

Sue, sorprendida y enfadada, exclamó: —¿Qué hiciste qué?

Egan, apretando los puños, espetó: —Esa fulana no tenía lugar aquí.

Troy, aún intentando comprender la situación, le cuestionó: —Ha sido una excelente niñera, ¿de verdad insinúas que tuvo intenciones ulteriores?

—¿Niñera? ¿Estás diciendo que ella es la niñera?

Sue, exasperada, replicó: —¿Quién diablos creías que era?

Egan, ahora lleno de confusión, murmuró: —Explícame todo.

Troy respiró hondo antes de comenzar: —Papá la conoció en el crucero. Ella estaba a cargo de la guardería, cuidando a varios niños por un sueldo mísero. Papá vio en ella a la niñera perfecta para mis hijos. Charló con el capitán para liberarla de su contrato y le pidió que le hiciera compañía durante el viaje para conocerla mejor. Así supo de su trágico pasado: sus padres y hermana gemela habían muerto recientemente.

Egan, con un brillo de culpa en sus ojos, inquirió: —¿Cómo murieron?

Sue tomó la palabra, con una voz suave y apesadumbrada: —Fue un hecho atroz. Su

hermana salía con un delincuente. Cuando Anne descubrió que la golpeaba, intentó enfrentarlo. En venganza, él fue a su casa dispuesto a matar a Anne, pero su hermana se interpuso. La tragedia fue noticia nacional. Solo Anne sobrevivió y su testimonio fue crucial para encerrar al culpable.

La habitación se sumió en un silencio aún más profundo, con la realidad de la situación ahora completamente revelada. Egan, enfrentando las consecuencias de sus acciones impulsivas, se sintió abrumado por la culpa. La urgencia de rectificar su error se convirtió en una necesidad imperativa.

—Ahora—dijo Troy, dime qué fue lo que pasó. Porque desde que llegaste aquí, la viste mal, ni siquiera charlaste una sola vez con ella.

—Uno de los trabajadores llamó para decirme que papá había vuelto del crucero, con una mujer joven, tomada de su brazo—continuó Egan con su relato— discutí con ella, pensé que... que intentaba usurpar el lugar de mamá en esta casa... y no iba a permitirlo por eso la arrojé a la calle.

Sue, incrédula, avanzó un paso: —¿La amante de tu papá?

—¿Asumiste que papá, en medio de su luto se había conseguido una especie de esposa nueva?

Los gemelos, aún sin entender del todo la gravedad de la situación, miraban de un adulto a otro buscando respuestas. Cormack, con un tono mucho más severo que de costumbre, espetó: —Esa joven ha sido una luz para Charlie y Thomas después de la partida de Lizzie. ¿Realmente crees que el amor que siento por tu madre puede ser reemplazado tan fácilmente?

Egan, tragando saliva, respondió: —No lo sé, simplemente actué sin pensar.

Sue entendió que lo mejor era llevarse a los niños, una vez que se fueron y antes de que Egan pudiese decir algo más, Cormack, con un ímpetu nunca antes visto, dio un fuerte puñetazo en la mesa, haciendo saltar algunos objetos. —¿Crees que mi amor por tu madre era tan superficial? —gruñó.

La tensión en la habitación era palpable. Troy, intentando mediar, sugirió: —Debemos buscar a Anne y explicarle lo que pasó. Egan, llama a la empresa de taxis.

Egan, apesadumbrado, confesó: —No se fue en taxi. Salió corriendo del rancho.

Troy, consternada, exclamó: —¡En plena noche y por estos caminos! No importa si ella era una amante de papá, es una mujer joven, hermosa, que no conoce nada de estas tierras, hemos tenido problemas con los que roban ganado, ella está ahí fuera expuesta a mil peligros.

Todos se miraron, sabiendo que debían actuar con rapidez y rectificar el daño causado. Mientras, la oscuridad del exterior se cernía sobre ellos, como un recordatorio del oscuro manto de errores y malentendidos que debían despejar.

—No me importa se debes ponerte de rodillas—dijo Cormack mirando a su hijo con pena

y decepción—vas a encontrarla y traerla a casa. Este es su hogar ahora, mis nietos se portan bien con ella, y después del ultimo incidente, necesitamos de alguien que pueda con ellos. Si la condición que ella pone para quedarse es que no estés, eso haremos.

—Lo entiendo, papá.

La puerta se cerró con un golpe amortiguado por el sonido del aguacero. Sue se quedó mirando la oscuridad por unos segundos, sus ojos seguían la silueta de Egan mientras se adentraba en la lluvia. Luego, una sonrisa pícaro se dibujó en su rostro.

—Sabes, Troy —dijo, dándose la vuelta para mirar a su esposo—, tengo la impresión de que el enfado de Egan no era precisamente porque papá trajera a alguien nuevo al rancho.

Troy arqueó una ceja, intrigado. —¿A qué te refieres?

Sue, con una risita, continuó: —Egan siempre ha sido bueno escondiendo sus emociones, pero hoy... Creo que Anne le gustó y eso lo puso en conflicto. No estaba celoso de papá, estaba celoso por él mismo.

Troy se rio ante la idea. —Eso explicaría mucho. ¿Imaginas a Egan, con todo su carácter, sintiendo algo por Anne?

Cormack, que hasta ese momento había permanecido en silencio, se unió a la conversación. —En el crucero, Anne mostró ser una mujer de carácter fuerte y resiliente. Quizás ambos son lo que el otro necesita. Un poco de terquedad y fuerza.

Sue se apoyó en el marco de la puerta, mirando hacia la oscuridad nuevamente. —Ojalá esta tormenta traiga algo bueno al final. No solo a la tierra, sino a esos dos corazones.

Troy la abrazó por los hombros, compartiendo la esperanza de Sue. —El tiempo lo dirá, pero quizás esta lluvia no solo limpie la tierra sino también antiguos resentimientos y abra puertas a nuevos comienzos.

—Ten cuidado, Troy.

—Lo tendré, llevaré conmigo a varios de nuestros hombres y papá—dijo dirigiéndose a Cormack—quien llamó a mi hermano debe rendir cuentas, no se les paga mal, se les trata bien, pero no por eso pueden ir de cotillas. Lo que ese hombre le dijo a mi hermano no solo lo puso en ese estado, es tu honor y tu fidelidad a mamá lo que entró en juego.

—Lo sé, cuando tu hermano regrese nos dirá quien fue.

Herida

El miedo había latido en las sienes de Anne desde el momento en que Egan había levantado la voz. No estaba acostumbrada a que la gritaran, y mucho menos a que la despidieran sin una justa razón. La casa principal del rancho se había convertido en un refugio para ella, una oportunidad de empezar de nuevo después de la tragedia que había azotado su vida. Pero en un abrir y cerrar de ojos, todo había cambiado.

Caminando bajo la amenaza inminente de la lluvia, su mente revoloteaba. Las nubes grises oscurecían el horizonte, creando una atmósfera opresiva que se sentía pesada sobre su cabeza. Su corazón latía con fuerza, no solo por el miedo, sino por la tristeza de perder a los gemelos, Charlie y Thomas. Se había encariñado con ellos, y ahora todo se desvanecía.

La tierra, empapada y fría, parecía conspirar contra Anne con cada paso, como si quisiera retenerla, obligarla a enfrentar lo que había dejado atrás. La penumbra del bosque, potenciada por la lluvia que caía sin tregua, parecía jugar trucos con su visión, haciendo que cada sombra y silueta se moviera, se transformara, añadiendo más miedo a su ya acelerado corazón.

Su respiración agitada se mezclaba con el susurro constante de las hojas y ramas agitándose bajo el embate del viento. A lo lejos, un trueno rugió, recordándole lo vulnerable que estaba en aquel vasto paisaje. Las voces de su pasado se mezclaban con el estruendo, evocando recuerdos de su hermana gemela, los días felices que compartieron, y la tragedia que desgarró su mundo. Aquel rancho, que parecía una promesa de nuevos comienzos, ahora se había convertido en un escenario de dolor y confusión.

Egan, con su imponente presencia, había activado viejas heridas. Las acusaciones, las miradas desconfiadas; todo eso se sentía demasiado familiar. ¿Acaso su vida estaba destinada a ser una sucesión de malentendidos y rechazos? Pero no, ella no permitiría que una sola noche definiera su existencia, no después de todo por lo que había pasado.

La tierra bajo sus pies se volvía más resbaladiza con cada paso. A lo lejos, el terreno se inclinaba hacia un bosque denso, y se dirigió hacia allí, pensando que tal vez podría encontrar refugio.

El cansancio comenzó a asentarse en sus músculos. La tensión del enfrentamiento con Egan la había dejado agotada emocionalmente. A pesar de ello, siguió adelante, impulsada por el instinto de supervivencia y la esperanza de encontrar un lugar seguro.

Cuando se aproximó al bosque, la silueta de la entrada de las cuevas se dibujaba en el horizonte. Decidió que las cuevas serían un refugio ideal para protegerse de la lluvia y recuperar fuerzas.

Sin embargo, antes de llegar, un agudo dolor se apoderó de su pie derecho. Sintió como si algo metálico y frío se hubiera cerrado sobre su piel. Miró hacia abajo y, para su horror, descubrió que había pisado una trampa de osos. Su diseño era cruel, diseñado para aferrarse firmemente a su presa.

La trampa estaba enraizada en el suelo, y por más que intentó, no pudo liberar su pie. El

dolor era insoportable, y el terror se apoderó de ella al darse cuenta de que estaba efectivamente atrapada, lejos de cualquier ayuda. Su voz quedó ahogada por el viento y la lluvia, haciendo inútiles sus gritos de socorro.

Anne intentó calmar su respiración y pensar con claridad. Estaba a merced de la naturaleza, y aunque la entrada de las cuevas estaba cerca, la trampa la mantenía inmovilizada. Confiaba en que alguien del rancho la encontraría, pero mientras tanto, estaba sola, herida y asustada. La esperanza y la desesperación se entrelazaron en su corazón mientras la tormenta rugía a su alrededor.

El sonido de la lluvia al chocar contra las hojas le recordaba a las tardes que pasaba con su hermana gemela, Lisa. Anne cerró los ojos e imágenes de ambas jugando bajo la lluvia inundaron su mente. Las risas, los juegos, los secretos compartidos, todo resurgió con una claridad que casi le cortaba la respiración.

El dolor en su pie comenzó a desvanecerse, siendo reemplazado por el profundo dolor de la pérdida. Recordó la última vez que vio a Lisa, la manera en que sus ojos brillaban con determinación al enfrentarse al matón que la maltrataba. Aquella noche fatídica, la noche en que todo cambió, se reprodujo en su mente. Escuchó los gritos, sintió el pánico y vio el brillo del cuchillo reflejando la luz de la luna. A pesar de todo el caos, lo que más recordaba era el abrazo protector de su hermana, protegiéndola hasta el final.

El dolor y el agotamiento la envolvieron, y Anne sintió que sus fuerzas la abandonaban. Su mente se tornó borrosa y, por un momento, todo se volvió oscuro.

La consciencia regresó a Anne lentamente, y con ella, el agudo dolor en su pie. Abrió los ojos y la realidad de su situación volvió a golpearla. La lluvia había disminuido, pero el frío había penetrado hasta sus huesos. Intentó mover su pie, pero el metal de la trampa era implacable.

Sintiéndose vulnerable y temiendo por su vida, Anne comenzó a recordar cómo había llegado hasta allí. Después de la tragedia, el dolor había sido tan insoportable que no podía quedarse en la ciudad que albergaba tantos recuerdos. La oportunidad en el cruce había aparecido como una tabla de salvación. Pensó que el cambio de ambiente y las constantes distracciones de cuidar a los niños a bordo serían un bálsamo para su corazón roto. Era una oportunidad para empezar de nuevo, para reconstruirse. Pero ahora, atrapada en esta situación, se preguntó si alguna vez podría escapar realmente del pasado.

Tormenta Interna en Egan

Mientras caminaba bajo la intensa lluvia, las botas de Egan se hundían en el lodo con cada paso, pero su mente estaba aún más empantanada por el torrente de emociones y pensamientos que lo asediaban.

—¿Cómo he podido ser tan estúpido? —se reprendió a sí mismo. El recuerdo de su fría mirada y sus palabras hirientes hacia Anne resonaban en su mente, creando una cacofonía que no podía silenciar.

La visión de Anne, su esbelto cuerpo, su rostro que irradiaba una combinación de dulzura y determinación, y esos ojos, esos ojos que reflejaban una historia tan profunda y compleja, se superponía a la noche oscura que lo rodeaba. No podía apartarla de sus pensamientos. Una parte de él se maldijo por no haber sido capaz de ver más allá de su propio dolor y prejuicio.

—Es hermosa —admitió, casi en un susurro ahogado por la lluvia—. Pero no sólo en apariencia. Hay algo en ella, una fortaleza que la hace brillar a pesar de su historia dolorosa. Y yo... la juzgué sin conocerla.

El viento soplaba con fuerza, llevando consigo el eco de sus propias inseguridades. Egan nunca había sido bueno manejando sus emociones, y la posible entrada de alguien nuevo en la vida de su padre, especialmente alguien tan joven y atractiva, lo había desequilibrado más de lo que estaba dispuesto a admitir.

—No es sólo celos por mamá... —reflexionó, sintiendo cómo su corazón latía con fuerza—. Es algo más. Es... ella. Anne. No puedo creer que la dejé ir.

Imágenes de todos los peligros que Anne podría estar enfrentando lo atormentaban. Las cuevas, la fauna salvaje, el río crecido por la lluvia. El miedo se apoderó de él, un miedo que iba más allá de la simple preocupación. Era el terror de haber perdido, para siempre, la oportunidad de conocer a alguien que podría cambiar su vida.

—¿Y si no la encuentro? ¿Y si está herida? O peor... —La sola idea de que Anne pudiera estar en peligro por su culpa lo golpeó como una oleada de frío.

A pesar de la lluvia que empapaba su rostro, Egan sintió cómo una única lágrima trazaba su camino por su mejilla. Una lágrima por los errores cometidos, por las palabras no dichas y, sobre todo, por un sentimiento que apenas comenzaba a florecer en su interior.

Con determinación renovada, apretó el paso. No importaba cuánto tuviera que caminar o buscar. Haría todo lo necesario para encontrar a Anne y pedirle perdón. Porque en el fondo, sabía que ella era exactamente lo que necesitaba.

Bajo la persistente cortina de lluvia, Egan arribó a una bifurcación en el camino. Sin dudar, tomó el desvío de la derecha. A medida que avanzaba, un sentimiento de inquietud se apoderaba de él, no sólo por la dirección que las huellas insinuaban, sino también por los recuerdos que el camino hacia las cuevas evocaba en él.

—¡Anne! —gritó, su voz resonando en el vacío, intentando superar el ruido del agua al golpear las hojas y la tierra.

Los árboles, altos y majestuosos, formaban un corredor natural que le recordaba las veces que había explorado ese lugar con Charlie y Thomas. Era un terreno conocido, pero bajo el manto de la lluvia y la creciente oscuridad, parecía un mundo diferente, mucho más amenazante.

Las pisadas se tornaban más evidentes, y Egan sintió una punzada de esperanza. Estaban allí, frescas, esparciéndose por el barro, mostrándole el camino.

—Estas huellas tienen que ser de Anne —pensó con determinación—. No pueden pertenecer a nadie más. Ella tiene que estar cerca.

Pero su esperanza se vio momentáneamente opacada por el miedo cuando notó que las huellas se dirigían a las cuevas. El recuerdo de Charlie y Thomas perdidos en su interior lo aterraba, y la idea de Anne sola y posiblemente herida en aquel laberinto subterráneo le retorció el estómago.

—Anne, por favor, responde —suplicó al viento, esperando que su voz llegara hasta ella, donde quiera que estuviera.

La entrada a las cuevas se perfilaba en el horizonte, su oscura boca parecía tragarse toda la luz. A su alrededor, la vegetación parecía susurrar advertencias y ruegos, empujándolo a actuar con rapidez.

Egan aceleró el paso, cada vez más ansioso. El agua que goteaba de la boca de la cueva resonaba en sus oídos como un metrónomo, marcando el ritmo frenético de su corazón.

—Debe estar aquí. Tiene que estarlo —se repetía mientras su mente, incesante, trazaba escenarios y rutas en las intrincadas cavidades de las cuevas.

Al acercarse más, su temor se confirmó al encontrar una trampa de osos activada en el exterior, su mecanismo cerrado brutalmente. A su lado, marcas y manchas de sangre. El miedo se apoderó de él por completo.

—¡Anne! —gritó con desesperación, temiendo lo peor. La necesidad de encontrarla, de saber que estaba bien, se convirtió en la única fuerza que lo movía hacia adelante.

Egan avanzó con pasos más cautelosos al darse cuenta de las trampas dispuestas en el área circundante a las cuevas. Aunque había crecido en esas tierras, no recordaba la presencia de tales instrumentos de caza, al menos no tan cerca de los senderos que solía recorrer. Las trampas eran peligrosas, capaces de destrozar una extremidad en segundos, y la mera idea de que Anne hubiera podido caer en una le provocaba un nudo en el estómago.

El frío del viento y la lluvia que azotaban su cuerpo se mezclaban con el calor de la adrenalina que lo empujaba a seguir adelante. Con cada paso, aumentaba su precaución, deteniéndose a ratos para escuchar más allá del sonido de la lluvia y el eco de sus propios pensamientos.

—¿Por qué se aventuraría por un lugar como este? —se preguntaba, mientras trataba de visualizar dónde podría haber ido, basándose en las huellas y el terreno. La desesperación por encontrarla crecía, alimentada por la incertidumbre y el temor.

Las cuevas, con su oscuro y misterioso abismo, se abrían ante él, y Egan se aventuró a llamarla de nuevo, esperando que el sonido de su voz llegara hasta las profundidades y encontrara eco en una respuesta.

Al inspeccionar más de cerca, notó manchas de barro en algunas piedras, como si alguien hubiera resbalado. Aunque no podía estar seguro, parecía probable que Anne hubiera buscado refugio en las cuevas. Pero la idea de las trampas aún acechaba en su mente. Las examinó de cerca, aliviado al ver que ninguna de ellas parecía haber sido activada recientemente.

A pesar de no conocer a Anne íntimamente, Egan sentía una responsabilidad abrumadora por ella. La había juzgado injustamente, había actuado impulsivamente y ahora, estaba en un peligro real debido a sus acciones.

El sonido de un trueno resonó en la distancia, sacándolo de sus pensamientos y recordándole la urgencia de la situación. Sacudiendo la cabeza, trató de centrarse en el aquí y el ahora.

—¡Anne! —gritó Egan con todas sus fuerzas, con la esperanza de que, a pesar de la distancia y el ruido de la lluvia, ella pudiera escucharlo. Pero el sonido de su voz se perdió en el rugido de la tormenta.

Frustrado y angustiado, estaba a punto de entrar en la cueva cuando un débil grito le hizo detenerse en seco. Dirigió su mirada hacia donde creyó haber escuchado el sonido y, a pesar de la oscuridad, logró distinguir una silueta en una pendiente cercana. A medida que se acercaba, el perfil de Anne, empapada y visiblemente herida, se hizo evidente. Su pierna estaba atrapada en una trampa, y su rostro reflejaba el inmenso dolor que estaba soportando.

—¡Anne! ¡Dios mío! —exclamó Egan, corriendo hacia ella mientras la lluvia caía furiosamente.

Al acercarse, pudo ver la gravedad de la herida. La trampa se había cerrado brutalmente sobre su pierna, y aunque la oscuridad y el agua dificultaban ver con claridad, pudo percibir la sangre que se mezclaba con el barro y la lluvia.

—Egan... —murmuró Anne, con voz débil y temblorosa.

—Estoy aquí, Anne. Voy a sacarte de esto —prometió Egan con voz firme, aunque su mente se agitaba al pensar en cómo liberarla sin causarle más daño.

Con manos temblorosas pero determinadas, Egan trató de abrir la trampa, pero estaba firmemente cerrada. Así que tomó el radio y llamó a su hermano

—La tengo, Troy, estamos en la entrada de la misma cueva a la que vinieron tus hijos, pero ha caído en una trampa, necesito que me traigas algo para abrirla.

—Trataré de acercarme, acabo de volver a casa para buscar baterías, que las linternas dejaron de funcionar, no sé si podré llegar hasta allá pues el río está muy crecido.

—Trae cuerdas, una de las largas.

—Fabricarás un paso.

—Sí, hay un punto bastante alto donde puedes subir.

—El pico Ferguson.

—Correcto, me enviarás la cuerda y luego atarás el bolso con lo que ocupo, tiraré de él esperando poder pasarlo.

—No, eso mojará las vendas y medicamentos, te tiraré dos cuerdas, una la ataras al árbol, la segunda será dónde amarre los medicamentos, vas a usar la cuerda madre como apoyo y jalaras la que tiene lo que necesitas.

—Entendido —dijo Egan, tratando de visualizar el plan en su mente—. Así que usaremos la primera cuerda como línea guía y la segunda para transportar los suministros.

—Exacto —respondió la voz de su hermano—. La cuerda madre será tu sistema principal de apoyo y seguridad, garantizando que la segunda cuerda, la que llevará los suministros, pueda deslizarse fácilmente y llegar hasta ti sin problemas. Piénsalo como un funicular improvisado.

Egan asintió, aunque sabía que no podían verlo. —El concepto suena sencillo. Pero la ejecución es lo que me preocupa.

—Te entiendo, Egan. Pero es lo más seguro que podemos hacer dadas las circunstancias. El río ha crecido demasiado, y un intento de cruzarlo directamente sería muy peligroso.

Egan inhaló profundamente, sintiendo el peso de la situación en sus hombros. —Estoy de acuerdo.

—Perfecto. Haremos esto lo más rápido posible. Y Egan, mantente seguro. No te precipites.

—Lo tengo en mente —respondió Egan, sintiendo una punzada de agradecimiento—. Nos vemos en el pico Ferguson.

Con eso, ambos terminaron la conversación, y Egan, con renovada determinación, comenzó a preparar todo para la difícil tarea que tenía por delante.

—Anne, mi hermano va a traer lo que necesito para liberarme.

—Duele mucho...

—Lo sé, Anne, lo sé.

—¿Por qué me ayudas si no te agrado?

—Cometí un inmenso error contigo y espero que me des la oportunidad de repararlo.

Mientras tanto en el rancho, Troy, en la espaciosa cocina se movía con urgencia y precisión. Deslizaba diversos ítems en una bolsa impermeable, que pondría en la canasta plástica, para evitar que se mojara.

—El parte de las autoridades de emergencia dice que la represa se ha dañado, por eso el río está tan fuera de cause—añadió Cormack con preocupación.

—Las cuevas los mantendrán a salvo, papá. Prepara una nota para mi hermano, igual estoy enviando una radio y suficientes baterías pero si no funciona necesita saber que una vez que la libere, debe subir a la cueva que está más arriba que el pico Ferguson, porque es la única forma de que asegurará su vida y la de Anne. Si el agua entra por el otro lado de la cueva los puede atrapar, deben subir.

—Bien.

Todos trabajaban como un equipo, aquella no era la primera vez que enfrentaban emergencias en el vasto terreno del rancho, pero la vida de una joven estaba en peligro y la situación se sentía cargada de tensión.

Sobre la encimera, ya había dispuesto las mantas térmicas, que serían esenciales para mantener el calor corporal de Anne tras la lluvia y el frío de la montaña. Al lado, se encontraban medicamentos básicos y específicos: antibióticos, analgésicos, desinfectantes, así como vendas y gasas esterilizadas, todo preparado para atender cualquier tipo de herida.

También las herramientas que necesitaría para abrir la trampa. Con rapidez, agregó ropa seca, asegurándose de incluir piezas tanto para Anne como para Egan. Camisetas, pantalones, calcetines y ropa interior. No quería que su hermano estuviese mojado o incómodo mientras atendía a Anne.

Su esposa, Sue, que había estado reuniendo comida y agua, se acercó con bolsas de frutos secos, latas de atún, galletas de trigo integral, chocolatinas, y botellas de agua, así como un termo lleno de sopa caliente. —Asegúrate de incluir la pequeña estufa de campamento —sugirió—. Egan la usará para calentar algo si es necesario.

Mientras Troy asentía, Sue dejó en la mesa una segunda canasta, igual de robusta. —Tal vez sea exagerado, pero deberías llenar esto con más comida y bebidas. No sabemos cuánto tiempo necesitarán antes de que puedan regresar.

—Mi hermano llevaba una tienda de campaña, eso les mantendrá abrigados.

Troy se detuvo un momento para mirar a su esposa. Siempre pensaba en todo. Antes de que pudiera responder, los gemelos, Charlie y Thomas, llegaron corriendo, sosteniendo en sus manos un pequeño oso de peluche de color marrón.

—Para Anne —dijo Charlie, con un rastro de preocupación en sus ojos.

Thomas asintió, agregando—: Que el oso la cuide hasta que regresen.

Troy se arrodilló y tomó a sus hijos en un abrazo fuerte y reconfortante. —Gracias,

chicos. Esto significará mucho para ella.

Después de un último repaso, y asegurándose de que todo estaba en su lugar, Troy cerró las canastas, listo para embarcarse en la misión de rescate.

Egan, con su corazón latiendo aceleradamente, llegó a donde Anne y rápidamente colocó su impermeable sobre ella, tratando de cubrirla de la intensa lluvia. Las gotas golpeaban con fuerza, pero ahora, al menos, ella tenía una capa de protección contra la persistente humedad. El ruido del agua cayendo sobre la capucha del impermeable llenaba el aire, junto con el suave murmullo de la corriente cercana.

Al verla tan pálida, Egan sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. Las mejillas de Anne, tenían un tono blanquecino y sus labios estaban azulados. Extendió una mano temblorosa hacia su rostro, apartando con suavidad el húmedo cabello que se pegaba a su frente. Sus dedos rozaron su piel, y notó lo fría y húmeda que estaba. Se inclinó para escuchar su respiración, que sonaba superficial y espaciada.

—Anne —susurró, dándole suaves palmadas en la mejilla—. Vamos, despierta.

—Estoy...estoy bien,

—Egan...¿hermano me escuchas?

El miedo se apoderó de él. No era solo la preocupación de un rescatista por su misión; era un miedo profundamente personal. A pesar de su reciente confrontación, no podía soportar la idea de que algo le sucediera a esta joven que, de alguna manera, había comenzado a hacerse un hueco en su corazón.

Anne dejó escapar un débil murmullo, lo que alivió ligeramente a Egan. Pero sabía que no podía permitirse el lujo de relajarse. Había llegado el momento de actuar.

—Voy a sacarte de aquí —prometió en voz baja, aunque no estaba seguro de si Anne podía oírlo—. Solo aguanta un poco más.

Sujetó la radio para hablar con su hermano.

—Fuerte y claro, te necesito ya, Troy.

—Estoy a diez minutos, es importante que la liberes de prisa, Egan. La represa se ha dañado, el agua viene y estará en donde estás en una hora. Debes subir con ella a la cueva que está junto al pico Ferguson, solo así van a sobrevivir.

—De acuerdo.

—Esas son trampas viejas, Egan. Busca la cadena y ve al inicio, debería estar suelta.

—¿Moverla sin sacarla de la trampa?

—Es la única opción.

Egan, con el agua todavía chorreando de su cabello y ropa, se inclinó sobre la trampa que

aprisionaba el pie de Anne, inspeccionando su mecanismo. Las hojas y el barro se habían acumulado en torno a ella, ocultando gran parte de su estructura. Las mandíbulas de hierro estaban corroídas por el paso del tiempo, pero seguían siendo tan letales como el día en que se forjaron.

—Anne —dijo en voz baja, intentando no alarmarla más de lo que ya estaba—, voy a intentar liberar tu pie.

Ella asintió con la cabeza, su mirada empañada por el dolor. Sus labios se movieron en un murmullo, pero el rugido del agua cercana ahogó cualquier sonido.

Egan pasó los dedos por el metal húmedo y frío, siguiendo la cadena que salía de la trampa. Estaba parcialmente enterrada bajo la hojarasca, pero al tirar de ella, pudo sentirla cediendo bajo su agarre. La longitud de la cadena se reveló, llevándolo a una estaca oxidada que, sorprendentemente, estaba bastante suelta en el suelo.

Tomó la estaca con ambas manos y comenzó a moverla con cuidado, intentando desenterrarla sin causar más daño a Anne. Tras unos minutos que parecieron horas, finalmente logró liberarla. Con la cadena y la estaca ya sueltas, Egan volvió su atención a la trampa.

—Voy a intentar abrir esta cosa —murmuró—. Pero necesito que te mantengas lo más quieta posible, Anne.

La joven asintió de nuevo, con los ojos cerrados y la mandíbula apretada por la tensión.

Con la estaca en una mano y la cadena en la otra, Egan intentó hacer palanca en la trampa. Usando la estaca como una extensión de su brazo, trató de aprovechar cualquier punto de apoyo para abrir la mandíbula de hierro. Sudaba a pesar del frío y cada músculo de su cuerpo se tensaba con el esfuerzo.

Anne intentó inhalar con calma, pero cada pequeño movimiento de la trampa mandaba oleadas de dolor ardiente a través de su pierna. Egan podía ver la tensión en su rostro, la manera en que sus dientes se apretaban fuertemente y sus ojos se llenaban de lágrimas. El borde de su piel mostraba marcas rojas y moradas donde el metal la había atrapado.

—Lo siento, Anne —murmuró Egan, sintiendo cada onza del dolor que ella debía estar experimentando—. Sé que esto es insoportable.

Anne, con voz temblorosa pero determinada, respondió: —Sé que tienes que hacerlo, Egan. Solo... hazlo rápido, por favor.

Egan asintió, apretando los labios. Observó de cerca la trampa, tratando de calcular el mejor enfoque para minimizar el dolor. Podía sentir la mirada suplicante de Anne, y aunque no podía entender completamente su dolor, podía sentir el peso de la responsabilidad sobre él.

Mientras trabajaba en liberar la pierna de Anne, podía oír su respiración entrecortada y el murmullo ocasional de dolor que escapaba de sus labios. Cada vez que la trampa se movía un poco, ella emitía un jadeo ahogado, y él tenía que detenerse, dándole tiempo para recuperarse antes de continuar.

Finalmente, cuando la trampa cedió y el pie de Anne fue liberado, Egan pudo ver las marcas profundas y sangrantes que había dejado en su piel. A pesar del frío y la lluvia, Anne estaba sudando, el alivio mezclado con el agudo dolor todavía presente.

Ella tomó una respiración profunda y dejó escapar un sollozo ahogado. —Gracias, Egan. Eso fue... —sus palabras se perdieron, incapaz de terminar la frase.

—Anne, debo subirte a mi espalda.

—De acuerdo.

—Y dolerá como la mierda.

—Lamento ponerte en tantas complicaciones.

—Si estamos aquí es debido a lo que hice, Anne. Ahora, es importante que nos movamos.

—De acuerdo.

Egan la puso de pie, notando que se estremecía por el dolor, pero que se mantenía en silencio.

—Eres valiente, Troy estaría gritando como loco.

—No te creas, no me falta mucho para comenzar.

La recostó contra un árbol y luego giró para que se acomodara sobre su espalda. La subida fue difícil, no para él que estaba acostumbrado al ejercicio, sino para ella, pues el dolor amenazaba con hacerla perder el conocimiento.

Diez minutos después, estaban arriba. Egan tomó unos minutos para recuperarse y bajó de nuevo por su bolso con ropa seca, esperaba que su hermano estuviese trayendo más, pues sabía que no podía mojarse o enfermaría y era su obligación cuidar a Anne.

Una vez de regreso en la cueva, Egan abrió su mochila y sacó una camiseta seca y unos pantalones ligeros. Con cuidado y respeto, ayudó a Anne a quitarse la ropa mojada y a vestirse con las prendas secas. Mientras lo hacía, procuraba evitar miradas innecesarias, mostrando un respeto tácito por su situación vulnerable.

Anne, en su estado debilitado, apenas podía ayudar, pero aún así, intentó colaborar en el proceso, mostrando una resistencia y fortaleza que Egan no pudo dejar de admirar. Cada vez que sus manos se tocaban accidentalmente, ambos sentían una conexión inesperada, un vínculo que se estaba formando en medio de la adversidad.

Una vez que Anne estuvo vestida con la ropa seca, Egan sacó una manta de su mochila y la envolvió alrededor de ella. Podía ver la gratitud en sus ojos, a pesar del dolor evidente que aún sentía.

—Debo irme, quiero que mientras estoy fuera te comas estos chocolates, te ayudaran a sentirte mejor.

—De acuerdo.

Tras dirigirle una última mirada, salió de la cueva para encontrarse con su hermano.

La lluvia continuaba cayendo incesantemente, el sonido del agua chocando contra el terreno y los torrentes del río aumentaban su volumen, haciendo difícil cualquier intento de comunicación directa. Egan sacó la radio de su mochila y ajustó la frecuencia para conectarse con Troy.

—¿Troy? —llamó Egan, llevando la radio cerca de su boca y alzando la voz para que se escuchara sobre el ruido de la naturaleza—. ¿Me recibes?

Hubo un segundo de estática antes de que la voz de Troy sonara desde el otro lado.

—¡Sí, Egan! ¡Te recibo! ¿Están bien?

—Anne está herida, pero está viva. Necesitamos esas provisiones lo más pronto posible.

—Entendido. Prepara todo para recibir la cuerda.

Troy había llevado consigo una serie de cuerdas robustas y especializadas, las mismas que utilizaban en el rancho para maniobras de rescate con ganado. Eran lo suficientemente fuertes como para soportar el peso de una res, por lo que una canasta con provisiones no sería un problema.

Con cuidado, Troy anudó una de las cuerdas a un arnés, que se lanzó hacia el lugar donde se encontraba Egan. Con habilidad y precisión, el arnés llegó cerca de la entrada de la cueva, donde Egan rápidamente lo aseguró a un pico de roca saliente.

Una vez asegurada la primera cuerda, Troy preparó la segunda, amarrando un extremo a la canasta con las provisiones y utilizando un sistema de poleas para garantizar que la carga se deslizara sin problemas.

—¡Prepárate, Egan! —dijo Troy a través de la radio.

Egan, a su vez, se posicionó y comenzó a jalar de la cuerda, usando la fuerza de sus brazos y piernas. La canasta con las provisiones comenzó a deslizarse por la cuerda, moviéndose lentamente pero con firmeza hacia la entrada de la cueva.

Troy, desde su posición, mantenía una mano en la radio y la otra en la cuerda, asegurándose de que todo marchara según lo planeado. Podía ver cómo la canasta avanzaba, sintiendo un alivio momentáneo al saber que estaban un paso más cerca de asegurar la seguridad de Anne y su hermano.

Finalmente, la canasta llegó a la entrada de la cueva. Egan la recogió con rapidez, agradeciendo a Troy a través de la radio.

—Lo hicimos —dijo Egan con alivio—. Gracias, Troy.

—Siempre para ayudarte, hermano —respondió Troy, sintiendo un inmenso alivio y

orgullo de lo que habían logrado juntos.

Egan, aún agotado por el esfuerzo previo, apenas terminó de asegurar las provisiones en la cueva cuando vio otra canasta acercándose por la cuerda. Era más pesada, conteniendo más comida, agua y otros suministros. Se necesitaría más esfuerzo para traerla, pero con determinación, logró hacerlo, cuidando que todo llegara sin daño.

Una vez en el refugio, sacó la radio para informar a Troy. La estática resonó brevemente antes de que la voz de Troy se escuchara claramente.

—La segunda canasta tiene provisiones para al menos una semana, Egan. —dijo Troy, su voz cargada de seriedad—. Las noticias no son alentadoras. Las lluvias podrían durar varios días más y el río sigue creciendo. Debemos prepararnos para la posibilidad de que estén atrapados allí un tiempo.

Egan asintió, sintiendo un nudo en el estómago. Miró a Anne, que, envuelta en las mantas secas, lo observaba con ojos cansados pero resilientes.

—Lo entiendo, Troy. Haremos lo que podamos desde aquí. Si hay un cambio en el clima, ¿me avisarás?

—Por supuesto. Y si las lluvias disminuyen, iré a primera hora mañana para ver si hay alguna manera de sacarlos de ahí. Por ahora, asegúrate de que Anne esté cómoda y a salvo. Estaré en contacto.

—Gracias, hermano —dijo Egan con sinceridad, sabiendo que la situación era peligrosa, pero agradecido de tener a alguien como Troy en su esquina.

Apagando la radio, Egan se volvió hacia Anne, poniendo una mano en su hombro. A pesar de las circunstancias, una pequeña sonrisa apareció en su rostro.

—Bueno, parece que vamos a ser compañeros de cueva por un tiempo. —bromeó, intentando aliviar la tensión.

Anne sonrió débilmente, agradecida por el intento de Egan de mantener el ánimo alto en una situación tan desafiante.

Con determinación y una ligera sensación de urgencia, Egan comenzó a sacar cada artículo de las canastas. Primero, el pequeño oso de peluche que los gemelos habían enviado para Anne, lo colocó junto a ella con una pequeña sonrisa. Después, la estufa de campamento. Sabía que su calor sería esencial para mantener a Anne caliente y seca.

Después de instalar la estufa y encenderla, comenzó a armar la tienda de campaña. A pesar de que estaban en una cueva y tenían cierta protección natural, la tienda ofrecería un espacio adicional de aislamiento contra el frío y la humedad.

Una vez terminada la tienda, Egan se adentró más en la cueva en busca de ramas secas o cualquier otro material que pudiera usar para iniciar una fogata más grande. Afortunadamente, encontró una pequeña pila de leña, probablemente dejada por algún excursionista anterior o por

alguien que conocía la cueva. Aunque no era mucho, sería suficiente para mantener una fogata por un tiempo.

Con la leña en mano, preparó un lugar seguro en la cueva y encendió la fogata. Las llamas crepitantes iluminaron la oscuridad y llenaron el aire con un cálido resplandor. El fuego no solo serviría para mantenerlos calientes, sino que también serviría como un disuasivo natural para cualquier animal que pudiera considerar entrar a la cueva.

Con Anne aún en un estado delicado, Egan se acercó a ella con el kit médico. Con cuidado, desinfectó la herida de la trampa, aplicando suavemente una pomada antibiótica antes de vendarla con firmeza pero sin apretar demasiado.

—Voy a hacer todo lo posible para que estés bien —le aseguró Egan con voz suave mientras trabajaba en su pierna. Anne asintió con la cabeza, agradecida por sus cuidados.

Una vez que estuvo segura, Egan se sentó junto a ella, observando las llamas y escuchando el sonido distante del río crecido. Sabía que los días siguientes serían desafiantes, pero estaba determinado a mantener a Anne segura y a salir de esa situación juntos.

La noche en la cueva se desplegaba con una quietud inusual. A pesar del resplandor del fuego, las sombras se proyectaban erráticamente en las paredes rocosas, creando patrones hipnóticos que parecían danzar con las llamas. Los sonidos de la naturaleza quedaron ensordecidos por el pesado y constante ritmo de la lluvia que golpeaba el exterior, y el lejano rugir del río que no parecía ceder.

Anne, aunque todavía débil y adolorida, se había envuelto en una manta térmica, apoyándose contra la tienda de campaña. Sus ojos, aunque nublados por el cansancio y el dolor, observaban atentamente el fuego, como si buscara respuestas o consuelo en sus llamas. El pequeño oso de peluche enviado por los gemelos estaba firmemente sujeto en sus brazos, un pequeño recordatorio de la preocupación y amor que esperaba fuera de esa cueva.

Egan, por otro lado, estaba sentado al otro lado del fuego, sus pensamientos claramente lejos. Se preguntaba cuánto tiempo durarían atrapados allí y si la ayuda llegaría a tiempo. Sin embargo, la inmediata preocupación era Anne. Aunque había hecho todo lo posible para estabilizarla, el miedo de que su condición empeorara estaba firmemente anclado en su mente.

De vez en cuando, sus miradas se cruzaban y compartían una sonrisa reconfortante o unas palabras de ánimo. Egan le ofreció agua y un poco de comida que había traído, asegurándose de que se mantuviera hidratada y nutrida. A pesar del frío y la situación, había un calor humano y una camaradería que se estaba forjando entre ellos, nacido de la adversidad y la necesidad mutua.

Mientras la noche avanzaba, Egan decidió que uno de ellos debería mantenerse despierto para alimentar el fuego y estar alerta ante cualquier eventualidad. Decidieron turnarse cada pocas horas, aunque Anne insistió en que Egan descansara primero.

Sin embargo, a pesar de la fatiga, el sueño era elusivo para ambos. El ruido del río, los pensamientos de lo que les esperaba al amanecer y la incertidumbre de su situación, mantenía a

Egan alerta. Anne, aunque físicamente exhausta, luchaba con los recuerdos de su doloroso encuentro con la trampa y la preocupación por su futuro.

Eventualmente, el cansancio se apoderó de Anne y cayó en un sueño inquieto, con Egan vigilante a su lado, siempre alerta, siempre cuidadoso, y decidido a protegerla de cualquier peligro.

La cueva se convirtió en su refugio temporal, un lugar de seguridad en medio del caos exterior, un recordatorio de la fragilidad humana pero también de la capacidad de resiliencia y solidaridad frente a las adversidades.

El fuego parpadeaba suavemente, y Egan lanzó otra rama para avivar las llamas. Anne miró el fuego por un momento y luego a Egan, respirando hondo.

—Debemos agradecer tu preparación —comentó Anne con un tono suave—. Si no hubieras traído estas cosas, estaríamos en una situación mucho peor.

Egan sonrió débilmente y asintió.

—He aprendido con los años que es mejor estar preparado, especialmente cuando estás en medio de la naturaleza. Aunque nunca pensé que lo usaría en una situación como esta.

Anne apretó con más fuerza al pequeño oso de peluche y miró hacia el oscuro techo de la cueva.

—Tengo que admitir que estoy asustada, Egan. Pero me siento afortunada de no estar sola aquí.

Egan la miró y movió su mano hacia ella, tomando la suya suavemente.

—No estás sola, Anne. Y te prometo que saldremos de esta.

Hubo un silencio, solo interrumpido por el crepitar del fuego y el lejano rugir del río.

—¿Crees que la lluvia cesará pronto? —preguntó Anne, buscando algo de esperanza.

Egan se encogió de hombros.

—Es difícil de decir, pero lo bueno es que estamos en un lugar seguro por ahora. Y Troy vendrá a buscarnos tan pronto como pueda.

Anne asintió, sus ojos llenos de gratitud.

—Gracias por no dejarme sola allá afuera. Por venir a buscarme. A veces es difícil recordar que todavía hay bondad en el mundo.

Egan la miró a los ojos, la seriedad reflejada en los suyos.

—Siempre hay bondad, Anne. Solo tenemos que buscarla. Y, en cuanto a ti, no podía dejarte sola. No es quién soy.

Anne sonrió levemente.

—Me alegro de que seas tú quien esté aquí conmigo, Egan.

A medida que las horas avanzaban, la temperatura en la cueva comenzaba a descender. Las paredes húmedas de piedra reflejaban un frío penetrante. Egan, siempre atento, decidió tomar medidas adicionales.

—Anne, creo que deberíamos acercarnos más al fuego y tal vez usar una de las mantas para envolvernos juntos y compartir calor. —Egan sugirió con tacto, sabiendo que la intimidad de la situación podría hacerla sentir incómoda.

Ella asintió con la cabeza, comprendiendo la gravedad de la situación. —Está bien. Creo que tienes razón. Será más cálido si compartimos el calor.

Sin perder tiempo, Egan extendió una manta en el suelo cerca del fuego. Luego, ayudó a Anne a acostarse sobre ella. Una vez acomodada, él se tumbó a su lado, envolviéndolos a ambos con otra manta.

—Gracias —murmuró Anne, sintiéndose un poco más cálida y protegida en el abrazo improvisado.

—No hay de qué. Tenemos que cuidarnos mutuamente en situaciones como esta —respondió Egan con una voz suave y calmada.

Más tarde, Egan recordó que había traído una bolsa térmica en su mochila. Se levantó cuidadosamente para no despertar a Anne y la sacó. La bolsa térmica, al ser activada, produciría calor durante horas. La colocó entre ellos, añadiendo una fuente de calor adicional.

Anne, al sentir el aumento de temperatura, murmuró su agradecimiento en sueños. Egan simplemente sonrió y volvió a acomodarse junto a ella.

A lo largo de la madrugada, Egan permaneció mayormente despierto, atento a cualquier señal de peligro o incomodidad por parte de Anne. Ajustó la posición de las mantas, añadió más leña al fuego y aseguró que el entorno estuviera lo más cómodo posible dadas las circunstancias.

Al despuntar el alba, Anne despertó, y ambos compartieron una mirada de comprensión mutua, agradecidos por haber superado otra noche juntos en condiciones tan adversas.

La ladera descendía hacia donde Troy había aparcado su camioneta. Era un vehículo grande, adecuado para el terreno accidentado de la montaña. A medida que Egan avanzaba con Anne en brazos, Troy abría paso, asegurándose de que no encontraran obstáculos en el camino.

—Ya casi llegamos —murmuró Egan a Anne, tratando de infundirle confianza mientras caminaban.

Una vez en la camioneta, Troy abrió la puerta trasera para que Egan colocara cuidadosamente a Anne en el asiento. Se aseguró de que estuviera cómoda, abrochando su cinturón de seguridad y colocando una manta sobre ella. Después, ambos hermanos subieron al vehículo y se pusieron en marcha.

El camino estaba embarrado debido a la lluvia de las últimas horas, pero Troy condujo

con destreza. Mientras avanzaban, el sonido del motor y el suave movimiento de la camioneta calmaron a Anne, quien se recostó y cerró los ojos por un momento.

—Anne —dijo Troy tras un rato de silencio, mirándola a través del retrovisor—. ¿Has pensado en dejar el trabajo después de todo lo que ha pasado?

Anne abrió los ojos lentamente, encontrándose con la mirada preocupada de Troy.

—Lo he considerado, pero no estoy segura aún. Es una gran oportunidad, pero después de todo lo que ha sucedido...

—Sabes —interrumpió Egan, mirándola con sinceridad—, lo que sucedió en la montaña fue un accidente. No fue tu culpa. Pero entiendo si después de esto quieres tomar un respiro y reconsiderar algunas cosas.

Anne sonrió con gratitud, acariciando al pequeño oso de peluche. —Lo pensaré. Por ahora, solo quiero descansar y recuperarme.

Troy asintió, centrando su atención en el camino, mientras que Egan le ofreció a Anne una mano reconfortante. El resto del viaje fue en silencio, pero estaba lleno de un entendimiento tácito entre los tres: un sentimiento de alivio y gratitud por haber superado juntos una situación tan peligrosa.

Regreso a Casa

La camioneta de Troy se detuvo frente a la gran casa de campo con un chirrido leve de los frenos. Incluso antes de que el motor se apagara, las puertas de la casa se abrieron de par en par. Los gemelos, Sue, y algunos de los trabajadores salieron corriendo hacia el vehículo.

Sue fue la primera en llegar, sus ojos estaban húmedos al ver a Anne en el asiento trasero, sosteniendo fuertemente el oso de peluche. Los gemelos se acercaron con miradas de alivio y preocupación, mientras que los trabajadores del rancho comentaban entre ellos en tonos bajos.

—Gracias a Dios que estás bien —murmuró Sue, abrazando con fuerza a Anne mientras Egan la ayudaba a salir del coche.

—Necesitamos llevarla al hospital —intervino Egan, su voz firme, aunque su mirada reflejaba la preocupación que sentía—. La herida necesita ser tratada por profesionales.

Sin perder tiempo, Egan llevó a Anne a su propio coche y condujo hacia el hospital más cercano. El camino fue en silencio, solo interrumpido por las ocasionales preguntas de Egan sobre cómo se sentía Anne. A pesar del dolor, ella le aseguró que estaba bien, pero ambos sabían que debía ser revisada.

En el hospital, los médicos atendieron a Anne de inmediato. Después de varias horas, el médico que la atendió se acercó a Egan, quien esperaba ansiosamente en la sala de espera.

—La herida no es profunda, y hemos podido limpiarla adecuadamente. Afortunadamente, no hay signos de infección, pero le hemos administrado antibióticos como medida preventiva. Debe descansar y seguir las indicaciones al pie de la letra. En unos días, debería estar bien.

Egan asintió con gratitud, su cuerpo relajándose al recibir las buenas noticias.

Al regresar a casa, la atmósfera era completamente diferente. Las luces de la residencia brillaban con calidez y acogida, y cuando Anne entró, ayudada por Egan, una ola de alivio y felicidad inundó la habitación.

Sue preparó una sopa caliente, mientras que los gemelos le mostraban a Anne dibujos que habían hecho de ella siendo rescatada. Egan, por su parte, se mantuvo cerca, observándola con una mezcla de preocupación y afecto.

Esa noche, Anne durmió profundamente, arropada por la sensación de seguridad y el amor de aquellos que habían temido perderla. Mientras tanto, Egan, desde la puerta de su habitación, observaba el suave subir y bajar de su pecho al respirar, agradecido por su regreso seguro.

El amanecer del día siguiente trajo consigo la tranquilidad del campo y el trino suave de los pájaros. Anne se despertó con lentitud, todavía sintiendo el cansancio y la pesadez de los acontecimientos del día anterior.

Mientras se estiraba en la cama, la puerta se abrió suavemente para revelar a Egan con una bandeja de desayuno en mano.

—Pensé que podrías querer desayunar en la cama hoy —dijo, colocando la bandeja frente a ella. Había fruta fresca, pan recién hecho y un té caliente.

Anne sonrió con gratitud, sus ojos encontrando los de Egan. Había una calidez en ellos, una ternura que no había notado antes. —Gracias, Egan.

—Es lo menos que puedo hacer —respondió él, sentándose en el borde de la cama—. Después de todo lo que pasaste...

Ambos compartieron un momento de silencio, recordando los eventos recientes. Egan tomó una respiración profunda. —Siento mucho no haber estado allí para protegerte desde el principio. Me doy cuenta de lo valiosa que eres, Anne, y no solo por el trabajo.

Anne parpadeó, sorprendida por la confesión. —Gracias, Egan. Pero yo también soy responsable de lo que me pasó. Debería haber tenido más cuidado.

—No, no es tu culpa —insistió Egan—. Deberíamos haber hecho un mejor trabajo asegurándonos de que esas trampas estuvieran desactivadas.

Anne suspiró. —Pero ya pasó. Estoy aquí, y estoy bien. Eso es lo que importa.

Egan asintió, tomándose un momento antes de hablar de nuevo. —Anne, sé que solo hemos trabajado juntos durante un corto período de tiempo, pero me he dado cuenta de lo importante que eres para mí y para esta familia. No quiero que te vayas.

La sorpresa se apoderó del rostro de Anne. —¿Qué estás diciendo?

—Estoy diciendo que quiero que te quedes, no solo como la administradora del rancho, sino como parte de esta familia.

El corazón de Anne latía con fuerza. —Necesito pensar en ello, Egan. Ha sido un tiempo muy intenso y hay muchas cosas que debo considerar.

Egan asintió. —Lo entiendo. Solo quiero que sepas cómo me siento.

Con esas palabras, se levantó y salió de la habitación, dejando a Anne con sus pensamientos y un futuro incierto por delante.

El eco de sus pasos resonó en el pasillo, dejando a Anne en un mar de emociones contradictorias. El corazón le palpitaba, tratando de procesar la franqueza con la que Egan había hablado. Nunca se había imaginado que Egan, el distante y enigmático propietario del rancho, podría albergar tales sentimientos hacia ella.

Se llevó una mano al pecho, sintiendo cómo su corazón se agitaba con cada segundo que pasaba. Las palabras de Egan la habían tomado por sorpresa. Aunque había sentido una tensión subyacente entre ellos, había optado por ignorarla, atribuyéndola a la intensidad de la situación. Pero ahora, con la confesión reciente de Egan, todo cobraba un nuevo sentido.

La puerta se abrió nuevamente, y Sue entró con una sonrisa amistosa.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Anne suspiró, tratando de poner sus pensamientos en orden. —Un poco abrumada, para ser honesta.

Sue se sentó junto a ella, su expresión mostrando una mezcla de preocupación y comprensión. —Egan te habló, ¿verdad?

—Sí —dijo Anne, evitando el contacto visual—. No sé qué hacer.

—Anne, Egan ha pasado por mucho. La pérdida de sus padres y la responsabilidad del rancho le han pesado mucho. Pero desde que llegaste, he notado un cambio en él —dijo Sue con sinceridad—. Eres especial para él.

Anne frunció el ceño, desconcertada. —No entiendo por qué. Solo estoy haciendo mi trabajo.

Sue la miró fijamente, sus ojos llenos de sabiduría. —No es solo el trabajo, Anne. Es tu forma de ser, tu pasión, tu compromiso. Egan ve eso en ti. Y creo que, en cierto modo, tú también ves algo en él.

El rostro de Anne se tiñó de rojo. —Sí, lo admito, siento algo por él. Pero todo es tan complicado.

Sue asintió. —El amor siempre lo es. Pero a veces, esas complicaciones son las que hacen que valga la pena.

Anne reflexionó sobre las palabras de Sue, sintiendo cómo la verdad de ellas se hundía en su ser. Sabía que tenía una decisión importante que tomar, y solo el tiempo diría qué camino elegiría. Por ahora, todo lo que podía hacer era concentrarse en recuperarse y enfrentar el futuro con la esperanza de que las cosas se resolverían por sí mismas.

El aire estaba cargado de electricidad cuando Egan volvió a la habitación. Su mirada se posó en Anne, y ella pudo sentir cómo las mariposas en su estómago revoloteaban con más fuerza. Había una innegable tensión entre ellos, una chispa que ambos estaban tratando de ignorar, pero que estaba allí, palpable, haciendo que cada silencio se sintiera más pesado y cada mirada más intensa.

Charlie y Thomas, entraron justo después, llenando la habitación con su inagotable energía. Los dos chiquillos corrieron hacia la cama de Anne, abrazándola con fuerza.

—¡Anne! ¡Nos alegramos de verte! —exclamó Charlie, sus ojos brillando de alegría.

Thomas, con una mirada llena de preocupación, agregó: —Nos tenías asustados.

Anne sonrió, acariciando la cabeza de ambos. —Gracias chicos. Estoy bien, solo un poco adolorida.

Los gemelos, con su característica curiosidad, comenzaron a hacer preguntas sobre lo que

había sucedido, pero antes de que Anne pudiera responder, Egan intervino.

—Ahora no es el momento, chicos. Anne necesita descansar.

La voz de Egan sonaba firme, pero había un matiz de preocupación que Anne detectó. Thomas asintió con la cabeza, aunque parecía decepcionado. —Está bien, pero queremos verte mejor pronto.

—Lo haré —dijo Anne, enviándoles una sonrisa tranquilizadora.

Los gemelos se despidieron y salieron de la habitación, dejando a Anne y a Egan solos una vez más.

Egan se acercó, sentándose en el borde de la cama. Sus ojos buscaban los de Anne, pero ella desvió la mirada, intentando evadir esa conexión intensa que sentía entre ellos.

—Anne... —empezó Egan, pero parecía luchar por encontrar las palabras adecuadas.

—Egan, sobre lo que dijiste antes... —Anne interrumpió, intentando llenar el tenso silencio.

Egan suspiró. —No debería haberlo hecho. No aquí, no ahora.

El rostro de Anne reflejaba confusión. —¿Te arrepientes?

—No, nunca me arrepentiría de decirte cómo me siento. Pero quizás... quizás no era el momento adecuado.

Anne tomó una respiración profunda, intentando ordenar sus pensamientos. Ambos sabían que había algo entre ellos, pero la situación actual complicaba todo.

—Egan, hay algo entre nosotros, no lo puedo negar. Pero con todo lo que está pasando, es difícil saber qué hacer.

Egan asintió, su mirada fija en ella. —Lo sé. Y no te presionaré. Pero quiero que sepas que estaré aquí, esperando, cuando estés lista.

La declaración dejó a Anne sin palabras. Mientras intentaba procesar sus sentimientos, el espacio entre ellos parecía disminuir, cada centímetro cargado de una tensión insostenible. Las respiraciones se entrecortaron y ambos sabían que estaban al borde de cruzar una línea que cambiaría todo.

Egan se inclinó ligeramente hacia Anne, su rostro ahora a centímetros del suyo. Sus ojos azules se oscurecieron mientras se perdían en los de Anne. Ella sintió cómo su pulso aceleraba, su mente luchaba por encontrar el sentido en el torbellino de emociones que estaba experimentando.

—Egan... —susurró Anne, su voz temblorosa.

Antes de que pudiera decir algo más, la puerta se abrió de golpe, interrumpiendo el intenso momento. Una enfermera entró, llevando una bandeja con medicamentos y agua.

—¡Oh! Disculpen, no sabía que había alguien más aquí. —dijo la enfermera, un poco apurada al ver la escena íntima que había interrumpido.

Egan se enderezó de inmediato, alejándose ligeramente de Anne. Ambos estaban notablemente ruborizados.

—No hay problema. —respondió Egan, tratando de ocultar su frustración ante la interrupción.

Anne agradeció a la enfermera mientras tomaba los medicamentos que le habían traído. La enfermera asintió, haciendo una breve nota en su tablilla y salió de la habitación tan rápido como había entrado.

El silencio regresó, pero esta vez, estaba lleno de incomodidad. Anne jugaba con las sábanas, evitando mirar a Egan directamente.

—Debería irme. —dijo Egan finalmente, rompiendo el silencio. —Necesitas descansar.

Anne asintió, aunque en su interior deseaba que se quedara. —Gracias, Egan.

Él sonrió débilmente. —No hay de qué. Nos vemos mañana.

Egan se levantó y salió de la habitación. Anne se recostó en la cama, su mente reviviendo cada segundo de la interacción que acababan de tener. El deseo y la tensión eran palpables, y aunque parte de ella quería explorar esos sentimientos, otra parte sentía miedo de lo que podría suceder.

Mientras se dejaba llevar por sus pensamientos, escuchó risas en el pasillo. Charlie y Thomas estaban jugando cerca de la puerta, su alegría llenando el ambiente y llevando un poco de alivio a Anne. Ella sonrió, agradecida por esos pequeños momentos de normalidad en medio del caos.

La noche se asentó, y aunque el cuerpo de Anne anhelaba el descanso, su mente continuaba dando vueltas a los eventos del día. Entre los recuerdos de la cueva, el dolor, el rescate y, por supuesto, Egan, Anne sabía que enfrentaría más desafíos y decisiones en los días por venir.

Mis disculpas, cometí un error. Gracias por señalarlo. Retomaré el capítulo sin mencionar un apellido específico y manteniendo la coherencia con la narración previa.

****Capítulo: Un Amanecer de Revelaciones****

En el espacioso salón de la gran casa, la luz de la mañana se filtraba por las cortinas, tiñendo el ambiente con tonos dorados. Anne se despertó en el sofá, todavía sintiendo el peso de las emociones de la noche anterior. Las sábanas que le habían proporcionado estaban hechas un revoltijo a su alrededor, y en la mesita de al lado, la taza de té que Sue le había preparado todavía estaba medio llena.

Anne se incorporó lentamente, todavía sintiendo un ligero mareo. Las secuelas del accidente, mezcladas con el agotamiento emocional, la tenían sintiendo que el mundo giraba a su alrededor. Se llevó una mano a la pierna herida, el recuerdo del dolor y el miedo de la trampa todavía fresco en su mente.

Al otro lado de la sala, Egan estaba de pie, mirando por la ventana. Parecía haber estado despierto durante horas, su figura reflejaba cansancio pero también una firmeza determinada. Se volvió al escuchar a Anne moverse.

—Buenos días —dijo, su voz un poco ronca. Anne no sabía si era por falta de sueño o por la tensión entre ellos.

—Buenos días —respondió Anne con cautela. El aire entre ellos estaba cargado, cada uno consciente de la innegable atracción que sentían y de las complicaciones que eso suponía.

—He pedido que te preparen el desayuno —comentó Egan, intentando romper el hielo—. No estás en condiciones de moverte mucho, y pensé que podrías necesitar algo de energía.

Anne asintió en agradecimiento, buscando las palabras adecuadas. —Gracias. Aunque no era necesario.

Egan se acercó, sentándose en el sillón opuesto a Anne. —Después de lo que ocurrió, lo menos que puedo hacer es asegurarme de que estés bien.

Un tenso silencio se asentó entre ellos, hasta que fue interrumpido por las risas y chillidos de Charlie y Thomas, que entraron corriendo en la sala, sus pequeños pies resonando en el suelo de madera.

—¡Anne! —gritó Charlie, corriendo hacia ella con Thomas siguiéndolo de cerca. Ambos se detuvieron justo antes de llegar al sofá, recordando las advertencias de no molestarla por su pierna herida.

Anne sonrió, sintiendo una calidez en su corazón. Los gemelos tenían esa capacidad de iluminar el ambiente. —Hola, chicos —saludó, extendiendo una mano para acariciar sus cabezas.

—Nos alegramos de que estés bien —dijo Thomas con una expresión seria que parecía demasiado madura para su corta edad.

Egan sonrió, observando la escena. —Estos dos estaban muy preocupados por ti —comentó.

Anne miró a Egan, sintiendo un nudo en el estómago. —Gracias por todo, Egan. No sé cómo puedo agradecértelo.

Egan la miró intensamente. —No tienes que agradecerme nada. Pero hay cosas que debemos discutir.

Anne asintió lentamente, sabiendo que lo que vendría a continuación sería complicado pero necesario.

Mientras los gemelos jugueteaban en la habitación, Anne se quedó en silencio, sumida en sus pensamientos. El gesto de Egan, aunque amable, la dejó cuestionando todo lo que había acontecido entre ellos. Antes del incidente, habían compartido pocas palabras y miradas esquivas. No había habido una base sólida para cualquier tipo de relación, excepto la profesional.

¿Por qué, entonces, Egan había mostrado tanta preocupación por ella? ¿Era simplemente culpa por no haber prevenido el accidente, o había algo más detrás de esa mirada intensa y esos gestos protectores?

Mientras consideraba estas preguntas, no podía evitar recordar las miradas que habían intercambiado en la cueva. Había un deseo palpable, una tensión que no podía ser simplemente imaginada. Aunque herida y vulnerable, Anne no pudo evitar sentir un tirón hacia Egan, una atracción que no había sentido por nadie en mucho tiempo.

—¿En qué piensas? —preguntó Egan, rompiendo el silencio. Su voz era suave, pero Anne podía escuchar un rastro de ansiedad en ella.

Anne se encontró con su mirada, su corazón latiendo con fuerza. —Me pregunto... —comenzó con hesitación, buscando las palabras adecuadas— sobre todo lo que ha pasado. ¿Por qué has hecho todo esto por mí? No nos conocíamos bien antes de... ya sabes.

Egan se pasó una mano por el pelo, claramente luchando con sus propios pensamientos. —No sé si puedo responder eso fácilmente —admitió—. Tal vez sea culpa, tal vez sea algo más. Pero desde el momento en que te vi atrapada, algo cambió en mí. Sentí una conexión, una necesidad de protegerte.

Anne tragó con dificultad, sintiendo una mezcla de esperanza y confusión. —Entonces, ¿qué significa eso para nosotros ahora? —preguntó, sintiéndose audaz.

Egan la miró intensamente, su expresión inescrutable. —No lo sé, Anne. Pero estoy dispuesto a averiguarlo si tú lo estás.

El silencio entre Anne y Egan se rompió por el sonido de Charlie y Thomas riendo en el jardín. Aunque la casa estaba llena de vida y alegría, había una tensión subyacente entre los dos adultos. Antes del incidente, eran prácticamente desconocidos el uno para el otro. Ahora, se encontraban en una encrucijada, una que ni ellos mismos entendían completamente.

Sue, observando la interacción desde la cocina, se acercó a Egan con una propuesta. —Oye, sé que dijiste que tenías que regresar a la ciudad pronto por problemas de trabajo. Tal vez... tal vez deberías llevar a Anne contigo.

Egan la miró, sorprendido. —¿Estás sugiriendo que se venga conmigo?

—Mira —comenzó Sue, suspirando—. Anne necesita descansar y recuperarse, y los gemelos no la están dejando hacerlo. Sería bueno para ella cambiar de ambiente, y creo que ambos podrían beneficiarse de pasar tiempo juntos fuera de este entorno. Sin mencionar que, bueno, obviamente hay algo entre ustedes dos.

Egan frunció el ceño, pensando en la propuesta. Por un lado, apenas conocía a Anne. Por

otro lado, había una conexión innegable entre ellos que no podía ignorar. Después de unos minutos de reflexión, asintió. —Está bien, se lo propondré.

Se acercó a Anne, quien todavía estaba mirando el horizonte, y se aclaró la garganta para llamar su atención. —Anne, tengo que regresar a la ciudad mañana. Las cosas en el trabajo están yendo mal y necesito estar allí. Sue sugirió que vinieras conmigo. Cambiar de ambiente te ayudaría a recuperarte y... sería bueno tener compañía.

Anne lo miró, sorprendida. Después del incidente en la cueva, estaba tratando de procesar sus sentimientos hacia Egan. Esta propuesta solo complicaba las cosas. Sin embargo, la idea de alejarse de todo y tener tiempo para sanar era tentadora.

Después de una pausa, asintió lentamente. —Está bien, iré contigo.

Egan sonrió, aliviado. Aunque no sabía exactamente hacia dónde se dirigían, estaba seguro de que este viaje les daría a ambos la oportunidad de descubrirlo.

La ciudad

Anne recogió sus cosas con rapidez, sin querer demorar su partida. Los gemelos, Charlie y Thomas, corrieron hacia ella, cada uno abrazándola por una pierna.

—¡Volverás, verdad? —preguntó Thomas, mirándola con ojos suplicantes.

Anne se agachó, acariciando la cabeza del pequeño. —Por supuesto que sí. Solo será por un par de días. Os traeré algo especial de la ciudad.

Charlie, tratando de actuar más maduro que su hermano gemelo, asintió. —Cuídate, Anne. Y cuídate de los monstruos en la ciudad.

Ella rió, abrazando al pequeño aventurero. —Lo haré, prometo.

Sue se acercó, dando a Anne un abrazo firme. —Gracias por todo, Anne. Espero que este viaje te de el descanso que necesitas. Y por favor, cuídate.

Anne sonrió, mirando a Egan, quien estaba esperando pacientemente junto al coche. —Lo haré, Sue. Gracias por todo.

Con una última ola, Anne se dirigió al vehículo. Egan abrió la puerta del copiloto para ella, y luego rodeó el coche para sentarse al volante.

El viaje a la ciudad fue tranquilo. Ambos disfrutaron del paisaje, viendo cómo los verdes campos daban paso a edificios y carreteras más concurridas. Aunque había una tensión palpable en el aire, también había un aire de expectativa.

Anne rompió el silencio. —Gracias por esto, Egan. Sé que no nos conocemos bien, pero realmente aprecio que me des esta oportunidad de alejarme un poco.

Egan la miró, sus ojos encontrándose con los de ella en un breve momento antes de volver a la carretera. —Creo que ambos necesitamos un respiro. Y, bueno, no es como si estuviera haciendo esto solo por ti. También quiero conocerte mejor.

Anne se sintió ruborizar. Miró por la ventana, escondiendo su sonrisa. El viaje estaba resultando ser más interesante de lo que había anticipado.

Mientras el paisaje pasaba velozmente por la ventana, Egan comenzó a señalar lugares y compartir anécdotas de su infancia.

—¿Ves ese granero rojo allá? —dijo, señalando un edificio en ruinas en la distancia—. Mis amigos y yo solíamos colarnos allí para jugar. Una vez, Charlie se quedó atascado en el piso superior y tuvimos que usar una cuerda para sacarlo.

Anne soltó una carcajada. —¿En serio? ¡Debe haber sido aterrador!

Egan sonrió, recordando. —Lo fue en ese momento. Pero ahora es una de esas historias que contamos y nos reímos.

Continuaron conduciendo y Egan señaló una pequeña heladería en el costado de la carretera. —Ahí es donde solíamos ir después de la escuela. Tienen el mejor helado de vainilla que jamás probarás. ¿Te gustaría parar?

Anne asintió, entusiasmada ante la idea de un helado. Detuvieron el coche y entraron. El lugar tenía un aire nostálgico con sillas de metal y mostradores de madera. Egan pidió dos helados de vainilla y se sentaron en una mesa junto a la ventana.

—Mis hermanos y yo solíamos hacer carreras para ver quién terminaba su helado primero —dijo Egan, riendo ante el recuerdo—. Siempre perdía porque me distraía viendo a la gente pasar.

Anne rió, imaginando a un joven Egan distraído. —¿Siempre has sido un soñador?

Egan se encogió de hombros. —Supongo que sí. Siempre me he sentido atraído por las historias y las posibilidades.

El trayecto en coche seguía un ritmo constante, unido por el murmullo suave de la radio. El paisaje se extendía como un lienzo de memorias para Egan, quien cada cierto tiempo se dejaba llevar por los recuerdos de su infancia.

—Esa granja a la derecha —comenzó Egan, señalando un amplio campo lleno de pacas de heno—, solía ser de mi abuelo. Recuerdo que Troy y yo jugábamos entre esos fardos de heno. Solíamos construir fortalezas y jugar a que éramos exploradores en tierras desconocidas.

Anne sonrió, imaginándolos como niños llenos de energía, corriendo alrededor del campo.

Egan continuó: —Y ahí, aquel viejo granero, Troy y yo encontramos un nido de gorriones un verano. Estaban solos y decidimos cuidarlos hasta que pudieran volar. Cada día, después de las tareas del campo, nos tomábamos un momento para alimentarlos. Fue nuestro pequeño proyecto secreto ese verano.

Mientras seguían avanzando, se cruzaron con un antiguo puente de madera. —Ese puente —dijo Egan, su voz adquiriendo un tono nostálgico—, fue donde Troy se rompió el brazo. Intentó hacer una acrobacia en su bicicleta y... bueno, no terminó muy bien. Pero a pesar del dolor, lo primero que me dijo cuando fui a ayudarlo fue: "¿Viste ese salto, Egan? ¡Fue épico!" Siempre tan audaz.

Anne soltó una risa. Estaba fascinada por cómo estas historias, simples a primera vista, revelaban tanto sobre la relación entre Egan y Troy, y sobre cómo eran cuando eran jóvenes.

—También fue por aquí donde Troy y yo solíamos ir de camping con nuestro padre —continuó Egan—. Aprendimos a hacer fuego, a pescar y a cocinar lo que pescábamos. Eran tiempos más sencillos, sin preocupaciones, solo nosotros y la naturaleza.

El viaje se convirtió en un viaje por el carril de la memoria para Egan, y una oportunidad para Anne de conocer más profundamente al hombre que estaba a su lado. Las historias no solo compartían anécdotas, sino que mostraban la esencia de quién era Egan y la relación tan cercana

que compartía con Troy.

El silencio se apoderó del coche por un breve momento. El ritmo suave de la música de fondo brindaba un toque melódico al viaje, como una banda sonora que acompañaba los recuerdos de Egan.

Anne, mientras observaba el paisaje, se encontró pensando en cómo, en un corto período de tiempo, había terminado en un coche con un hombre que prácticamente no conocía. Sin embargo, escucharle hablar de su infancia y su relación con Troy la hizo sentir que, de alguna forma, ya lo conocía mucho.

—Esa tienda a la izquierda —Egan señaló con un gesto mientras reducía la velocidad del vehículo— era donde solíamos detenernos después de nuestras aventuras. Troy y yo teníamos una tradición: cada vez que lográbamos algo grande, como atrapar un pez enorme o construir una fortaleza impresionante, nos recompensábamos con un helado de esa tienda.

—Debe haber sido genial tener a alguien con quien compartir esos momentos —comentó Anne, sonriendo suavemente.

Egan la miró con una sonrisa sincera en sus labios. —Lo fue. Troy siempre ha sido más que un hermano. Es mi compañero de travesuras, mi confidente. Aunque hemos tenido nuestras diferencias, siempre hemos estado el uno para el otro.

Anne asintió. —Parece que has tenido una infancia llena de aventuras.

—Sí, y Troy siempre estuvo en el centro de ellas. Aunque a veces me exasperaba con sus locuras, no cambiaría esos momentos por nada del mundo.

El viaje continuó, y mientras el coche avanzaba, Egan compartió más historias de su pasado. Cada anécdota, cada risa y cada lección aprendida, daba una visión más profunda del lazo que unía a los dos hermanos.

El sol comenzó a descender, tiñendo el cielo de tonos naranjas y rosados. Egan, tras un suspiro, decidió romper el hilo de recuerdos. —Debemos estar cerca de la ciudad. ¿Hay algún lugar en particular que quieras visitar?

Anne pensó por un momento. —No lo sé. En realidad, nunca he estado en esta ciudad antes. Supongo que confío en tu criterio.

Egan sonrió. —Entonces, te mostraré algunos de mis lugares favoritos. Y, quién sabe, quizás en el camino te cuente alguna otra historia de Troy y de mí.

Anne sonrió ante la idea. Aunque al principio había sido reacia a este viaje, ahora estaba agradecida por la oportunidad de conocer más a Egan y, a través de él, a su hermano Troy y a toda su familia. El destino era incierto, pero el viaje, hasta ahora, había sido más que enriquecedor.

La infancia de Anne

Egan condujo en silencio por un rato, escuchando el suave zumbido del motor y el ocasional susurro de las llantas al pasar por charcos. Anne parecía perdida en sus pensamientos, mirando por la ventana.

Finalmente, ella habló, su voz suave y temblorosa: —Sabes, Egan, siempre he sentido que hay algo que debes saber sobre mí, sobre mi pasado. No es algo de lo que hable a menudo, pero siento que te lo debo.

Egan miró a Anne brevemente antes de volver su atención a la carretera. —Anne, no tienes que contarme nada si no estás lista.

Ella tomó una respiración profunda. —Tenía una gemela, Lisa. Éramos inseparables. Pero Lisa tenía... un novio. Un tipo que la golpeaba. Descubrí los moretones, las excusas, todo. No pude quedarme de brazos cruzados, así que lo enfrenté y, con ayuda, logré que lo arrestaran. Pero no estuvo mucho tiempo en prisión. Escapó. Y cuando lo hizo, vino por mí.

Egan sintió cómo su estómago se retorció ante las palabras de Anne, pero la animó a continuar.

—Esa noche, escuché ruidos afuera de nuestra casa. Salí al pasillo y lo vi, parado al final, una sonrisa siniestra en su rostro. Lisa también lo vio. En un acto de valentía y desesperación, se interpuso entre él y yo justo cuando disparó. Lisa cayó y yo... —Anne tragó saliva, intentando contener las lágrimas— ... recibí un disparo en la pierna. Cuando desperté en el hospital, me informaron que Lisa había muerto y que nuestros padres, que intentaron defender nuestra casa, también habían sido asesinados por él.

Hubo un silencio sombrío en el auto. Las palabras de Anne resonaban en el aire, dejando a Egan con una sensación de pesadez.

—Anne, lamento mucho escuchar eso. No puedo imaginar lo difícil que ha sido para ti —dijo Egan, su voz suave y reconfortante.

Anne sonrió tristemente. —Gracias, Egan. Solo quería que lo supieras. Es parte de quién soy.

Egan asintió. —Y aún así, has demostrado ser una mujer increíblemente fuerte y valiente. Admiro eso de ti.

La Acogedora Morada de Egan

La ciudad bullía con su ritmo implacable. El ronco sonar de bocinas, los pasos apresurados de la gente y el murmullo constante eran muy diferentes a la serenidad del rancho. Egan maniobraba con soltura entre las calles, llevando a Anne hacia su hogar en el corazón de la urbe.

Ante ellos, un elegante edificio se erigía, con su imponente entrada de mármol y un portero que saludó a Egan con familiaridad. Anne se sintió un poco fuera de lugar, maravillada por el lujo que la rodeaba. Se preguntó si Egan vivía aquí o si, quizás, solo era uno de sus muchos lujos en la ciudad.

Al entrar al apartamento, fue como si hubieran cruzado a otro mundo. La decoración era suntuosa: techos altos, muebles de diseño, y arte moderno decorando las paredes. Pero lo que más le llamó la atención fue el cálido aroma a comida casera.

—¡Egan! ¡Estás de vuelta! —una voz vibrante resonó desde la cocina. Una mujer de mediana edad, con cabello castaño y un delantal, apareció. Era Rosa, la ama de llaves.

Egan le dio un abrazo cariñoso. —Rosa, te presento a Anne. Anne, Rosa se encarga de este lugar desde hace años.

Rosa sonrió ampliamente y la mirada que le dirigió a Anne fue una mezcla de curiosidad y simpatía. —Mucho gusto, Anne. Sue me ha contado un poco sobre ti. Es un placer finalmente conocerte.

—El gusto es mío. —Anne respondió con una sonrisa tímida.

Rosa, sin perder tiempo, se adentró en historias del pasado. Habló de la infancia de Egan, sus travesuras, y hasta de aquellas veces que intentó cocinar, resultando en desastres culinarios.

Egan se sonrojó ligeramente. —Rosa, ¿no necesitas exponer todos mis secretos!

La mujer rió. —Oh, ¡aún tengo muchos en reserva!

Mientras degustaban un delicioso refrigerio preparado por Rosa, Anne se relajó. Las historias, los chistes y la atmósfera cálida le hicieron sentir como en casa.

Después de comer, Egan propuso mostrarle el apartamento. La habitación principal tenía una ventana que abarcaba toda una pared, ofreciendo una vista panorámica de la ciudad. Las luces titilaban a lo lejos, y la vista era simplemente impresionante.

—Es hermoso, ¿verdad? —murmuró Egan, su voz llena de orgullo.

Anne asintió. —Es increíble. Jamás había visto la ciudad desde esta perspectiva.

Hubo un momento de silencio entre ellos, cargado de tensión y emoción. Egan se giró para mirar a Anne, sus ojos buscando los de ella. Se acercó lentamente, la distancia entre ellos disminuyendo.

—Anne... —empezó, pero fue interrumpido por Rosa, quien apareció con una bandeja de té.

—¡Ay, lo siento! No quise interrumpir. —dijo, con una sonrisa traviesa.

Egan se rió. —Está bien, Rosa. Gracias.

Anne se sonrojó, agradecida por el oportuno rescate de Rosa. La tensión se disipó, y la noche continuó en un ambiente amigable y relajado, pero ambos sabían que había algo más, algo que todavía no se había dicho, pero que colgaba en el aire, esperando ser descubierto.

Después de la interrupción oportuna de Rosa, la noche continuó en un tono más liviano. Egan mostró a Anne el resto de su apartamento: una biblioteca personal repleta de títulos variados, un pequeño gimnasio, y por supuesto, su habitación, que Anne observó con discreción.

Mientras paseaban, Egan comenzó a compartir más sobre su vida en la ciudad. Habló sobre su trabajo, las constantes reuniones y viajes, y la soledad que a menudo sentía en medio de la bulliciosa metrópolis.

—A veces, el ruido de la ciudad puede ser abrumador. Es en esos momentos cuando anhelo la tranquilidad del rancho. —confesó Egan, mirando hacia fuera. La noche había caído, y las luces de la ciudad brillaban con intensidad.

Anne asintió. —Puedo imaginarlo. Pero, debes admitir que tiene su encanto. Esta vista es realmente impresionante.

—Lo es —admitió Egan—. Pero, a pesar de todas sus luces y su bullicio, a veces puedes sentirte increíblemente solo aquí.

La sinceridad en su voz sorprendió a Anne. Podía sentir la vulnerabilidad detrás de esas palabras, y de repente, se sintió aún más conectada con él.

—Sabes, después de lo que sucedió con Lisa, pensé que nunca volvería a encontrar un lugar donde pudiera sentirme segura o pertenecer. Pero el rancho y las personas allí, incluido tú, me han dado eso —susurró Anne, con lágrimas asomando en sus ojos.

Egan se acercó a ella, colocando una mano en su mejilla. —Anne, lamento mucho lo que pasó. Y estoy aquí, para lo que necesites.

Antes de que pudieran continuar, Rosa reapareció, esta vez con una amplia sonrisa. —¡El postre está listo!

Con agradecimiento, Anne sonrió a Rosa, reconociendo su habilidad para aparecer en el momento adecuado.

Egan y Anne se dirigieron a la cocina, donde Rosa había preparado un suflé de chocolate, su especialidad. Mientras lo degustaban. Las horas pasaron rápidamente, y cuando se dieron cuenta, ya era tarde. Rosa se despidió, dejándolos con la promesa de un desayuno temprano al día siguiente.

Una vez solos, la tensión entre Anne y Egan regresó. Había una atracción innegable entre ellos, y ambos lo sabían. Sin embargo, las cicatrices del pasado y el miedo al rechazo los mantenían cautelosos.

—Anne... —Egan comenzó, tomando su mano—. Sé que hemos pasado por mucho, y hay cosas que ambos no hemos dicho. Pero quiero que sepas que te he llegado a apreciar mucho en este corto tiempo. Y espero que, con el tiempo, podamos conocernos mejor.

Anne levantó la vista, encontrando los ojos de Egan llenos de sinceridad. —Siento lo mismo, Egan. Y estoy dispuesta a darle una oportunidad a esto, a nosotros.

Egan sonrió, aliviado, y la atrajo hacia él, sellando la noche con un tierno beso.

El ambiente en el apartamento de Egan se volvía palpablemente denso. Anne, aún sorprendida por la inesperada muestra de cariño, sintió un ligero rubor invadir sus mejillas. Egan, por su parte, luchaba internamente por controlar el aluvión de emociones que lo embargaba. Apenas un rato antes, habían compartido una conversación amena sobre recuerdos de infancia y pequeñas anécdotas. Ahora, la tensión entre ambos era innegable.

—Anne... —susurró Egan, mirándola a los ojos con una mezcla de deseo y preocupación. Su pulso se aceleró, y su respiración se volvió más pesada.

—Shh... —respondió Anne, colocando un dedo sobre los labios de Egan—. No digas nada.

Ambos estaban sumidos en la complicidad del momento. Las luces del apartamento, ya tenues, parecían oscurecerse aún más, dejando solo el suave resplandor de las farolas que se filtraba a través de las cortinas. La ciudad, con su ruido constante, parecía desvanecerse en la distancia.

Egan, tomando la iniciativa, acercó a Anne hacia él, envolviéndola en un cálido y protector abrazo. Anne se dejó llevar, sintiendo la fuerza y seguridad que emanaban de Egan. Sus manos recorrieron la espalda de Anne, causando que pequeños escalofríos la recorrieran. Ella, a su vez, enredó sus dedos en el cabello de Egan, tirando ligeramente y provocando que un suave gemido escapara de los labios de él.

Los labios de ambos se encontraron en un beso profundo, lleno de pasión reprimida y ansias de descubrimiento. Las manos de Egan recorrían el cuerpo de Anne, explorando cada curva, cada detalle, con una admiración casi reverencial. Anne respondía con igual fervor, dejándose llevar por el torrente de sensaciones que la invadía.

El tiempo parecía haberse detenido, y todo lo que existía era ese instante, esa conexión única e irrepetible entre dos almas que, por azares del destino, se habían encontrado.

Después de lo que parecieron horas, aunque en realidad sólo fueron minutos, Egan y Anne se separaron, mirándose fijamente a los ojos, buscando confirmación de lo que acababa de suceder.

Egan, con la voz ronca por la emoción, dijo: —Nunca imaginé que sentiría algo así por

ti. Desde que te vi, algo dentro de mí cambió.

Anne, con lágrimas en los ojos, respondió: —Y yo jamás pensé que volvería a sentirme tan viva, tan amada, especialmente después de...

Ambos sabían a qué se refería Anne. A pesar del momento mágico que acababan de compartir, la sombra de su pasado aún la acechaba. Sin embargo, en brazos de Egan, Anne sentía que, por primera vez en mucho tiempo, podía enfrentar esos recuerdos dolorosos y empezar a sanar.

La noche apenas comenzaba para ellos, y aunque el futuro era incierto, en ese momento, todo lo que importaba era el calor de sus cuerpos y la promesa silenciosa de un mañana juntos.

El sol de la mañana se filtraba a través de las cortinas de la habitación, lanzando una cálida luz dorada sobre la cama deshecha. Egan, aún adormilado, escuchó el ligero tecleo de un teclado proveniente de la sala. Se estiró y salió de la cama, vistiendo solo unos pantalones de pijama.

Al entrar a la sala, encontró a Anne sentada en el sofá, con una computadora portátil sobre sus piernas. Su expresión era de concentración, pero también había una tensión evidente en su postura. A medida que Egan se acercaba, pudo notar el cambio en la atmósfera. Algo estaba pasando.

—¿Todo bien? —preguntó con cautela.

Anne levantó la vista, y sus ojos reflejaban una mezcla de sorpresa y temor. Inhaló profundamente antes de responder. —Es un email del abogado que me ayudó cuando... cuando sucedió lo de Lisa y mis padres.

Egan se acercó más, sentándose junto a ella en el sofá. Tomó su mano en un gesto de apoyo. —¿Qué dice?

—El hombre que hirió a Lisa y causó la muerte de mis padres... ha sido liberado —dijo Anne, con voz temblorosa.

Egan sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal. Recordó las historias que Anne le había contado sobre ese terrible incidente, sobre cómo su vida había cambiado para siempre aquella noche.

—¿Cómo es posible? —Egan preguntó con indignación. —Después de lo que hizo...

—No lo sé, pero el abogado dice que hubo irregularidades en el proceso. Parece que encontraron algún tipo de falla técnica o error judicial.

Egan maldijo entre dientes. La idea de que un criminal tan peligroso estuviera en libertad era aterradora. Pero lo que más le preocupaba era Anne. Ya había pasado por mucho, y esta noticia sólo traería más dolor y miedo a su vida.

—No tienes que preocuparte. Estoy aquí contigo —aseguró Egan, apretando con más fuerza la mano de Anne.

Ella intentó sonreír, pero había una sombra en su mirada. —Gracias, Egan. Pero este es mi pasado, y tengo que enfrentarlo.

Egan asintió con comprensión. Sabía que Anne era fuerte y que, a pesar de todo, había logrado superar muchos obstáculos en su vida. Pero también sabía que no podría hacerlo sola.

—Hagamos esto juntos —dijo con determinación—. No dejaré que nada te pase, lo prometo.

Anne miró a Egan, y por primera vez desde que había leído el email, sintió un atisbo de esperanza. Con Egan a su lado, tal vez podría enfrentar su pasado y finalmente encontrar la paz que tanto anhelaba.

Egan palideció al leer las palabras amenazantes en el email. Promesas de venganza y alusiones a un pasado oscuro, todo indicaba que el hombre tenía intenciones serias y no pararía hasta encontrar a Anne.

—Debemos informar a la policía —dijo Egan.

—Lo intenté antes, y mira a dónde me llevó. Ese hombre tiene conexiones. No confío en que la policía pueda hacer algo esta vez —contestó Anne.

Egan se levantó y caminó de un lado a otro, pensando. Recordó a un viejo amigo, Marco, con quien había trabajado en algunos proyectos de seguridad. Marco se había convertido en uno de los mejores guardaespaldas de la ciudad, protegiendo a celebridades y figuras importantes. Si alguien podía proteger a Anne, sería él.

Tomó su teléfono y marcó rápidamente el número de Marco. Al cabo de unos minutos, ya había organizado una reunión para esa misma tarde.

—Anne, he hablado con un amigo, Marco. Es un profesional en seguridad, y confío en él. Vendrá esta tarde para discutir cómo puede ayudarnos.

Anne asintió, visiblemente agradecida. —Gracias, Egan.

Unas horas más tarde, la puerta del apartamento se abrió para revelar a un hombre alto y fornido, con una mirada aguda y un porte que irradiaba autoridad.

—Marco, gracias por venir tan rápido —dijo Egan, dándole un fuerte apretón de manos.

Marco asintió y miró a Anne, evaluándola. —He leído el email. Esto no es una broma. ¿Tienes alguna idea de dónde puede estar este hombre?

Anne negó con la cabeza. —Lo último que supe de él fue en el juicio. Pero siempre tuvo amigos en lugares oscuros. No sé cuántos recursos pueda tener.

Marco se puso serio. —Bien, vamos a establecer un plan de seguridad. Egan, necesitare acceso a las cámaras de seguridad del edificio, y también instalaré algunas en el apartamento. Anne, durante un tiempo, necesito que no salgas sola y que me informes de cualquier movimiento o persona sospechosa que veas.

A lo largo de la tarde, Marco estableció medidas de seguridad en el apartamento y coordinó con el personal del edificio. Anne, aunque preocupada, se sentía un poco más tranquila sabiendo que tenía un profesional cuidándola.

Esa noche, mientras Marco se quedaba en la sala, preparado para cualquier eventualidad, Anne y Egan se encontraron en la cocina, preparando una cena ligera.

—Siento que hayas tenido que pasar por todo esto —murmuró Egan.

Anne suspiró. —Es mi pasado, Egan. Pero ahora tengo algo que antes no tenía: a alguien a mi lado que se preocupa por mí.

Ambos compartieron una mirada llena de significado. A pesar del peligro que los rodeaba, había una conexión creciente entre ellos, una chispa que no podían ignorar. Y en ese momento, ambos sintieron que, juntos, podrían enfrentar cualquier desafío que se les presentara.

Los días pasaron en un ritmo constante, aunque la tensión seguía flotando en el aire. Egan volvía a su rutina de trabajo en la ciudad, mientras Anne se quedaba en el apartamento bajo la protección de Marco. A pesar de la seguridad adicional, Anne se sentía atrapada, consciente de que el peligro acechaba en algún lugar cercano.

Una mañana soleada, mientras Anne estaba en la sala revisando algunos documentos, el timbre sonó. Marco abrió la puerta y Egan entró, luciendo cansado pero aliviado al ver a Anne ilesa.

—Anne, ¿cómo estás? —preguntó Egan, abrazándola con fuerza.

—Estoy bien, Egan. Marco ha estado cuidando de mí. ¿Cómo estuvo tu día?

Egan suspiró y se dejó caer en el sofá. —Frustrante como siempre, pero al menos no tuve que preocuparme por ti hoy.

Marco se mantuvo en segundo plano, vigilante. —Egan, he estado investigando un poco más sobre ese hombre. Parece que ha estado rastreando tus movimientos, sabe dónde vives y trabaja.

Egan frunció el ceño. —¿Cómo es eso posible?

—No lo sé, pero necesitamos estar un paso adelante. Mantén un ojo en tus alrededores y sé cauteloso —advirtió Marco.

Los siguientes días continuaron de manera similar. Egan pasaba tiempo en la oficina, Anne trabajaba en el apartamento y Marco permanecía alerta. A medida que el tiempo pasaba, la tensión entre Egan y Anne crecía. Cada vez que se cruzaban, sus miradas se prolongaban un poco más de lo necesario, y Anne podía sentir el pulso acelerado de Egan cuando estaba cerca.

Una noche, después de cenar, Egan y Anne se encontraron en el balcón del apartamento. El cielo estaba despejado y las estrellas brillaban en la oscuridad. El ambiente estaba cargado de una electricidad palpable.

Egan la miró a los ojos, su expresión llena de una mezcla de gratitud y deseo. Sin pensarlo, se inclinó hacia ella y sus labios se encontraron en un beso ardiente y lleno de anhelo. Anne respondió con la misma pasión, dejando de lado todas las preocupaciones y el peligro que los rodeaba.

El beso se intensificó, sus cuerpos se acercaron aún más, como si necesitaran fusionarse para sentirse completos. Egan deslizó una mano por la espalda de Anne, acercándola aún más a él, mientras ella enredaba sus dedos en su cabello.

Finalmente, se separaron, sus alientos entrecortados. La tensión sexual que había estado acumulándose entre ellos finalmente había estallado, y ahora había una nueva complicación en medio de la amenaza que enfrentaban.

—Egan, no sé si esto es lo correcto —susurró Anne, su mirada llena de conflicto.

Egan la acarició suavemente la mejilla. —No puedo evitar sentir que estamos conectados de alguna manera, Anne. Pero tienes razón, tenemos que ser cautelosos.

Mientras la noche caía y las luces de la ciudad brillaban en la distancia, Egan y Anne se quedaron en el balcón, sintiendo cómo la tensión sexual seguía flotando en el aire. Sabían que había mucho en juego, pero también sabían que lo que sentían el uno por el otro era real y poderoso. En medio de la incertidumbre y el peligro, se encontraron buscando consuelo y apoyo en los brazos del otro, sin saber a dónde los llevaría esa conexión intensa y profunda.

Un día soleado, Anne y Marco salieron juntos de compras para distraerse un poco de la constante tensión que rodeaba sus vidas. Recorrieron tiendas y pasearon por las calles, tratando de mantener un perfil bajo. Aunque Anne trataba de disfrutar del momento, no podía evitar mirar constantemente a su alrededor, siempre alerta por si algo inusual sucedía.

Después de varias horas de compras, decidieron detenerse en una cafetería para tomar un descanso. Se sentaron en una mesa junto a la ventana, observando a la gente pasar mientras disfrutaban de sus bebidas. Sin embargo, la tranquilidad se rompió repentinamente cuando un automóvil que venía a gran velocidad perdió el control y se estrelló contra un poste cerca de la cafetería.

El estruendo fue ensordecedor, y todos los presentes se sobresaltaron. Anne y Marco se levantaron rápidamente de sus asientos y corrieron hacia la ventana para ver lo que había sucedido. Vieron cómo el conductor del automóvil salía tambaleándose del vehículo, aparentemente ileso. Sin embargo, lo que captó la atención de Anne fue el rostro del conductor: era Luca Torino, el hombre que la había perseguido y amenazado.

Anne sintió un nudo en el estómago al verlo, su corazón latía con fuerza. Marco, notando su reacción, la miró con preocupación.

—Anne, ¿estás bien? —preguntó Marco, poniendo una mano en su hombro.

Anne asintió, su mirada fija en Luca, quien miró a su alrededor como si buscara algo. Sus ojos se encontraron por un momento, y Anne sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Estaba segura de que él la había reconocido y de que esto no era una coincidencia.

—Marco, tenemos que irnos —dijo Anne en voz baja, sintiendo el pánico apoderándose de ella.

Sin perder tiempo, Marco agarró su brazo y la guió hacia la salida de la cafetería. Caminaron rápido por las calles, alejándose lo más que podían de la escena del accidente. Anne se sentía nerviosa y temblorosa, sus pensamientos llenos de preocupación por lo que podría pasar a continuación.

De regreso en el apartamento, Anne no pudo evitar contarle a Egan lo que había sucedido. Él frunció el ceño y miró a Marco, buscando respuestas.

—Estoy seguro de que era él, Egan. No puede ser una coincidencia —dijo Anne con voz temblorosa.

Egan suspiró y pasó una mano por su cabello. —No podemos tomar riesgos. Marco, necesitamos intensificar la seguridad. Llama a nuestros contactos y asegúrate de que estemos protegidos en todo momento.

Marco asintió y salió de la habitación para hacer las llamadas necesarias. Egan se acercó a Anne y la abrazó con fuerza.

—Vamos a enfrentar esto juntos, Anne. No te dejaré sola en esto.

Anne se aferró a él, sintiendo cómo su corazón latía rápidamente. A pesar del peligro que se cernía sobre ellos, había encontrado un apoyo inesperado en Egan, y eso la hacía sentir un poco más segura.

Las horas pasaron y la ansiedad no disminuía. Anne y Egan hablaron sobre posibles estrategias para protegerse y estar un paso adelante de Luca Torino. La tensión en el apartamento era palpable, y todos sabían que no podrían bajar la guardia ni por un momento.

La noche finalmente cayó, y Anne y Egan se retiraron a sus respectivas habitaciones. A pesar del cansancio, Anne no podía conciliar el sueño. Cada pequeño ruido la hacía saltar, y su mente estaba llena de pensamientos oscuros.

Mientras tanto, Egan también luchaba por dormir. Su mente estaba llena de preocupación por Anne y de rabia hacia el hombre que la había amenazado. No podía permitir que nadie le hiciera daño a ella, no después de todo lo que habían enfrentado juntos.

La noche se desvaneció lentamente, dando paso a un nuevo día lleno de incertidumbre. La situación había tomado un giro aún más peligroso, y todos sabían que no podían bajar la guardia. La tensión seguía en el aire, y Anne y Egan estaban dispuestos a hacer todo lo necesario para mantenerse a salvo y proteger a los que amaban, sin importar las consecuencias.

El sol se filtraba por las cortinas del apartamento, marcando el inicio de un nuevo día. Anne se levantó de la cama, sintiéndose agotada pero determinada. Sabía que tenía que enfrentar lo que fuera que estuviera por venir, y estaba dispuesta a hacerlo con valentía.

Egan también se levantó temprano, su mente dándole vueltas a las estrategias de

seguridad. Se encontró con Anne en la cocina, donde estaba preparando café. Sus miradas se encontraron, y un silencio cargado de tensión llenó la habitación.

Finalmente, Egan rompió el silencio. —Anne, tenemos que hablar sobre lo que sucedió ayer.

Ella asintió, tomando un sorbo de su taza de café. —Lo sé. No puedo ignorar que Luca me encontró. Pero tampoco puedo dejar que el miedo me controle.

Egan la miró con seriedad. —No quiero que te arriesgues. Vamos a hacer todo lo posible para mantenernos a salvo, incluso si eso significa hacer cambios drásticos.

Anne bajó la mirada por un momento, sus pensamientos en conflicto. —Egan, no quiero que mi vida esté gobernada por el miedo. Sé que estamos en peligro, pero no quiero esconderme.

Él suspiró, entendiendo sus sentimientos. —Anne, entiendo que quieras vivir tu vida, pero también tenemos que ser realistas. Luca no se detendrá hasta encontrarte, y no sabemos de lo que es capaz.

Ella lo miró a los ojos, su determinación intacta. —Entonces enfrentémoslo juntos. No puedo quedarme de brazos cruzados mientras él sigue amenazando nuestras vidas.

Egan la observó, viendo la firmeza en su expresión. Sabía que no podía detenerla, y en el fondo, admiraba su valentía. Aunque la situación era peligrosa, Anne estaba dispuesta a enfrentarla de frente.

El día transcurrió entre llamadas telefónicas, reuniones y medidas de seguridad. Anne y Egan estaban decididos a fortalecer su defensa contra Luca Torino. A medida que la tarde se acercaba, recibieron la visita de Marco, quien trajo consigo a un experto en seguridad.

—Este es Kevin —dijo Marco, presentando al hombre alto y fornido que lo acompañaba.

Kevin asintió y extendió la mano hacia Anne y Egan. —He trabajado en seguridad personal durante años. Estoy aquí para asegurarme de que estén protegidos en todo momento.

Anne agradeció con una sonrisa. —Gracias por estar aquí.

Kevin asintió. —Voy a revisar el apartamento y hacer algunas mejoras en la seguridad. También les proporcionaré dispositivos de comunicación en caso de emergencia.

La presencia de Kevin les brindó un poco de alivio, sabiendo que estaban tomando medidas concretas para protegerse. Después de que Kevin terminara su trabajo, todos se sentaron en la sala de estar para discutir los próximos pasos.

—Estoy seguro de que Luca está vigilándonos —dijo Egan con seriedad—. Debemos estar preparados para cualquier cosa.

Anne asintió. —No podemos bajar la guardia. Pero tampoco podemos dejar que nos paralice el miedo.

La tensión seguía en el aire, pero todos compartían la misma determinación de enfrentar

el peligro juntos. Mientras la tarde se convertía en noche, continuaron elaborando planes y estrategias para mantenerse a salvo.

Esa noche, Anne y Egan se retiraron a sus habitaciones, agotados pero alerta. Mientras Anne se acostaba en la cama, no pudo evitar pensar en el día que habían tenido. Había sido un recordatorio constante de la amenaza que enfrentaban, pero también de la fortaleza y el apoyo que tenían el uno al otro.

Egan también estaba sumido en sus pensamientos. Sabía que el peligro era real, y su principal preocupación era la seguridad de Anne. Aunque habían tenido sus desacuerdos, sabía que no podía dejar que nada malo le sucediera.

La noche avanzaba, y mientras Anne cerraba los ojos, su mente se llenó de pensamientos sobre el futuro incierto que les esperaba. Estaban atrapados en una situación peligrosa, pero estaban unidos por un lazo que les daba la fuerza para enfrentar cualquier desafío. Juntos, estaban dispuestos a luchar contra las sombras del pasado y construir un futuro más seguro para ellos y para los que amaban.

El amanecer se asomaba por las ventanas del apartamento de Egan, pintando el cielo con tonos cálidos y dorados. Anne se despertó temprano, sintiendo una extraña sensación de inquietud. Se levantó de la cama y caminó hacia la ventana, mirando hacia el horizonte. Sabía que Luca estaba ahí afuera, acechando en las sombras.

Egan también se despertó, sintiendo la tensión en el aire. Se acercó a Anne y la abrazó suavemente por detrás. —¿Estás bien? —preguntó con preocupación.

Anne asintió, pero su mirada seguía perdida en el horizonte. —Luca no se detendrá. Tenemos que estar preparados.

Egan apretó el abrazo, sintiendo la urgencia en las palabras de Anne. Sabía que ella tenía razón, y estaban en un punto crítico en el que no podían permitirse bajar la guardia.

Sin embargo, antes de que pudieran tomar más medidas de seguridad, la puerta del apartamento se abrió de golpe. Anne se giró rápidamente y su corazón se detuvo al ver a Luca Torino parado en la entrada, una sonrisa maliciosa en el rostro.

—Anne, querida —dijo con una voz burlona—. He venido a buscarte, como prometí.

Egan apretó los puños, sintiendo una mezcla de ira y miedo. —Lárgate de aquí, Luca. No permitiremos que te lleves a Anne.

Luca rió suavemente. —Oh, Egan, no tienes idea de cuánto tiempo he esperado este momento. Anne y yo tenemos asuntos pendientes que resolver.

Anne retrocedió, sintiendo su corazón latir desbocado. —No iré contigo, Luca. No importa lo que hagas.

Luca avanzó hacia ella con lentitud, su mirada intensa. —Oh, querida Anne, ya verás lo que estoy dispuesto a hacer para tenerte de nuevo a mi lado.

Egan se interpuso entre Luca y Anne, enfrentándolo con determinación. —Si piensas que vas a llevar a Anne contigo, tendrás que pasar por encima de mí.

Luca soltó una risa oscura. —Muy bien, entonces. Jugaremos a tu manera.

Justo en ese momento, las luces del apartamento se apagaron de golpe. Anne y Egan se quedaron en la oscuridad, escuchando el ruido de pasos y movimientos rápidos. Sabían que estaban en peligro inminente.

De repente, una serie de disparos resonaron en el aire. Las luces se encendieron nuevamente y Anne vio a un grupo de hombres vestidos de negro, rodeando a Luca. Eran los hombres de seguridad que habían contratado para protegerlos.

Luca estaba en el suelo, inmovilizado por los hombres. Egan se acercó a Anne, asegurándose de que estuviera bien. Ella asintió, sintiendo una mezcla de alivio y agitación.

Uno de los hombres de seguridad se acercó a Egan y Anne. —Estamos aquí para protegerlos. Tenemos a Luca bajo control.

Egan asintió, agradecido por su intervención. Miró a Anne con cariño, asegurándose de que estuviera a salvo.

Pero en medio del caos, Luca logró liberarse y tomó un cuchillo de uno de los hombres de seguridad. Antes de que cualquiera pudiera reaccionar, se abalanzó sobre Anne, sosteniéndola con el cuchillo en su cuello.

Egan se quedó inmóvil, su corazón latiendo con fuerza. Sabía que cualquier movimiento en falso podría poner en peligro la vida de Anne.

—Egan, deja que me vaya o la mato —gruñó Luca, con los ojos llenos de locura.

El equipo de seguridad se mantuvo alerta, buscando una oportunidad para actuar. Egan miró a Anne, su mente trabajando a toda velocidad. Sabía que tenía que actuar con rapidez para salvarla.

—Luca, déjala ir. No ganarás nada con esto —dijo Egan, tratando de mantener la calma.

Ver como ella era llevada lejos fue devastador, pudo ver a Marco en el suelo inconsciente, así que mientras esperaba a que despertara para ir por Anne, solo le pedía a Dios que la mantuviera viva. Llegarían a ella pues Marco le había puesto un chip, pronto la tendría con él.

Casa familiar

Anne sintió cómo sus manos temblaban mientras Luca la sujetaba con fuerza, arrastrándola hacia una casa que conocía demasiado bien. Era su casa familiar, una construcción que había permanecido cerrada durante meses, un eco silencioso de los recuerdos que alguna vez habían llenado sus paredes. Ahora, sin embargo, se convertía en el escenario de sus peores pesadillas. La oscuridad de la noche envolvía el lugar, aumentando la sensación de desolación y miedo que la embargaba.

Caminaron por el umbral de la casa, el crujido de la madera resonando en sus oídos como un eco amenazador. Luca la guió por pasillos angostos y habitaciones polvorientas, como si conociera cada rincón de aquel lugar. El aire era frío y opresivo, y Anne luchaba por mantener la calma mientras su mente se llenaba de recuerdos y temores.

Finalmente, la condujo a una habitación en el piso superior. El ambiente estaba cargado de una tensión palpable, y las sombras danzantes en las paredes parecían burlarse de su situación. Luca la soltó bruscamente y Anne cayó sobre un viejo sofá que crujía bajo su peso. Miró a su alrededor, viendo objetos olvidados y muebles cubiertos por sábanas polvorientas.

Luca permaneció en la entrada de la habitación, observándola con una sonrisa siniestra. - Bienvenida a tu hogar, Anne-, dijo con voz ronca y cargada de malicia. -No encontrarás refugio aquí. Ahora, ¿qué te hace pensar que puedes escapar de mí?

La mirada de Anne se encontró con la suya, y pudo ver la determinación enfermiza en sus ojos. Sus manos temblaban, pero también sentía una chispa de resistencia en su interior. A pesar del miedo que la paralizaba, sabía que no podía permitir que Luca la controlara por más tiempo.

La casa familiar, que alguna vez había sido un refugio de amor y felicidad, ahora se había convertido en una prisión de pesadillas. Anne se enfrentaba a su peor enemigo en el lugar donde más vulnerable se sentía. Pero también había un destello de fuerza y valentía dentro de ella, una voluntad inquebrantable de sobrevivir y enfrentar lo que fuera necesario para liberarse de la oscuridad en la que había caído.

—No creas que podrás romperme, Luca —dijo Anne con voz entrecortada pero firme—. No importa lo que hagas, no podrás quebrantarme.

Luca se rió con desdén. —Oh, querida Anne, subestimas mi determinación. He esperado mucho tiempo para tenerte aquí, para que sientas el mismo dolor que sentí cuando me quitaste todo.

—No te tengo miedo, Luca. Tú eres el débil aquí —respondió Anne, tratando de mantener la calma a pesar de su corazón galopante.

Luca dio un paso hacia ella, su expresión retorcida por la furia. —No me llames débil. Tú eres la culpable de todo esto. Tú me arrebataste a Lisa y a todo lo que tenía.

—Tú te arrebataste a ti mismo al elegir ese camino. Lisa nunca te perteneció, ella

merecía algo mejor.

La risa fría de Luca llenó la habitación. —Tú hablas de moralidad, Anne. Pero eso no te salvará de lo que te espera. Me aseguraré de que pagues por lo que hiciste.

Anne lo miró fijamente, sin ceder ante su intimidación. —No eres más que un cobarde, Luca. Usaste la violencia para intentar controlar a Lisa, y ahora intentas hacer lo mismo conmigo. Pero no funcionará.

Luca avanzó hacia ella con pasos lentos y amenazantes. —Todavía no entiendes, ¿verdad? No hay escapatoria para ti. Esta vez, no habrá alguien que venga a rescatarte.

Anne apretó los puños, luchando por mantener su determinación a pesar del terror que la inundaba. —No subestimes a las personas que me rodean. Ellos harán lo que sea necesario para encontrarme y detenerte.

Luca se detuvo a pocos pasos de ella, su mirada intensa. —Vamos a verlo, entonces. Mientras tanto, disfruta de tu estancia en esta casa que conoces tan bien.

Anne sintió un escalofrío recorrer su espina dorsal mientras Luca se alejaba. Estaba atrapada en un lugar lleno de recuerdos dolorosos y rodeada de la amenaza constante de su captor. A pesar de la incertidumbre y el miedo, se aferraba a la esperanza de que alguien vendría a rescatarla, que Egan y los demás no descansarían hasta encontrarla y poner fin a la pesadilla en la que se encontraba.

Las horas pasaron lentamente para Anne en aquel lugar sombrío y lleno de recuerdos. Cada vez que escuchaba un ruido fuera de la casa, su corazón latía con la esperanza de que fuera Egan o alguien más viniendo a rescatarla. Pero cada vez la decepción la golpeaba cuando se daba cuenta de que era solo su imaginación jugándole una mala pasada.

Luca se presentaba ocasionalmente, lanzando amenazas y recordándole su pasado compartido. La tensión entre ellos crecía día a día, y Anne luchaba por mantener su fortaleza y no ceder ante su captor.

Cerca de las tres de la mañana, mientras estaba sentada en el suelo frío de la habitación en la que la tenía encerrada, Anne escuchó pasos en el exterior. Su corazón latió con fuerza mientras se ponía de pie, atenta a cada sonido. La puerta se abrió de repente y Egan apareció en la entrada, su mirada llena de determinación.

—¡Anne! —exclamó Egan, corriendo hacia ella y abrazándola con fuerza.

Las lágrimas brotaron de los ojos de Anne mientras se aferraba a él. —Egan, pensé que nunca vendrías.

Él la sostuvo con ternura. —No pensaba dejar buscarte, Anne. Vinimos por ti.

Anne miró a Egan con gratitud y amor en sus ojos. A pesar de todo lo que había sufrido, estaba a salvo ahora, en los brazos de la persona que siempre había estado dispuesta a arriesgarlo todo por ella.

—Vamos a sacarte de aquí —dijo Egan, tomando su mano y guiándola hacia la puerta.

Anne miró una vez más la habitación en la que había estado prisionera y luego siguió a Egan fuera de la casa. El aire fresco y la luz del día la recibieron, y Anne sintió que finalmente estaba libre.

Los demás miembros del equipo de rescate estaban esperando afuera, listos para llevarla a un lugar seguro. Anne los miró agradecida, sintiendo un profundo sentido de comunidad y apoyo.

Mientras caminaban hacia el auto que los llevaría de regreso a la ciudad, Anne sintió que finalmente podía dejar atrás su pasado oscuro y mirar hacia un futuro lleno de esperanza. Sabía que aún quedaban desafíos por delante, pero también sabía que tenía a Egan y a los demás a su lado para enfrentarlos juntos.

Después de todo lo que habían enfrentado, Anne y Egan finalmente regresaron al rancho, unidos no solo por el amor que sentían el uno por el otro, sino también por las adversidades que habían superado juntos. La vida en el rancho parecía tomar un nuevo significado ahora que estaban juntos como marido y mujer.

Los gemelos, Charlie y Thomas, estaban emocionados por tener a Anne en sus vidas de manera permanente. Ella se había convertido en una figura materna para ellos, y su relación solo se fortalecía con cada día que pasaba. Egan, por su parte, no podía evitar sonreír al ver lo feliz que hacía a los niños.

La casa principal del rancho ahora estaba llena de risas, amor y felicidad. Anne se encargaba de cuidar a los gemelos y de hacer que el hogar fuera cálido y acogedor. Egan, por su parte, seguía trabajando en el rancho y asegurándose de que todo funcionara sin problemas.

Una tarde, mientras estaban sentados en el porche viendo la puesta de sol sobre las colinas, Anne y Egan compartieron una mirada llena de amor y complicidad. Habían pasado por tantas pruebas y tribulaciones, pero ahora estaban juntos y más fuertes que nunca.

—¿Sabes? —dijo Egan con una sonrisa—, nunca imaginé que mi vida daría un giro tan inesperado.

Anne asintió, apoyando su cabeza en el hombro de Egan. —A veces, las mejores cosas vienen cuando menos las esperamos.

Egan la abrazó con ternura. —No puedo creer que estemos aquí, juntos en nuestro rancho, como marido y mujer.

Anne rió suavemente. —Sí, definitivamente no es la historia que habíamos planeado, pero es nuestra historia, y la amo.

Egan la besó suavemente en la frente. —Yo también, Anne. No cambiaría nada de lo que hemos vivido juntos.

El sol se puso por completo, dejando el cielo lleno de estrellas. Anne y Egan se quedaron

allí, abrazados, disfrutando del momento y de la certeza de que habían encontrado el amor y la felicidad que tanto habían anhelado.

El camino que habían recorrido había sido difícil y lleno de desafíos, pero a través de todo eso, habían encontrado el uno en el otro el apoyo y el amor inquebrantable que los había llevado hasta ese punto. Y mientras se perdían en el brillo de las estrellas en el cielo nocturno, Anne y Egan supieron que estaban listos para enfrentar cualquier cosa que el futuro les deparara, juntos, como compañeros de por vida.